



Sagrados Corazones
PROVINCIA DE ESPAÑA

una excursión por los alrededores de Poitiers

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc

Sumario

UNA EXCURSIÓN POR LOS ALREDEDORES DE POITIERS (a Montbernage)	3
I. Annales 1878, (p. 295)	3
II. Annales 1978 (pg 461).....	7
III. Annales 1878 (pg. 572).....	10
IV. Annales 1879 (p. 404).....	12
V. Annales 1879 (Pg. 674).....	15
VI. Annales 1880 (pg. 425).....	17
VII. Annales 1880 (pg. 478).....	20
VIII. Annales 1880 (pg. 570).....	23
IX. Annales 1880 (pg. 663).....	29
X. Annales 1880 (pg.783)	35
UN DESCUBRIMIENTO INTERESANTE	40

UNA EXCURSIÓN POR LOS ALREDEDORES DE POITIERS (a Montbernage)

P. Benoit Perdereau, ss.cc. (1820-1895)
Director de *Annales des Sacrés-Coeurs*

Como muestra en esta Crónica, el P. B. Perdereau fue un entusiasta periodista de fina observación, de ágil manejo del lenguaje y de un cordial afecto a la Congregación. Fue el iniciador de los *Annales* ss.cc.

I. *Annales* 1878, (p. 295)

En el mes de septiembre último, encontrándome en Poitiers, he empleado algunos momentos de descanso visitando diversos lugares a los que van unidos recuerdos bastante preciosos para nosotros. Al mismo tiempo he tomado algunas notas que voy a redactar para nuestros lectores.

El viernes, 21 de septiembre, yendo a Saint-Eloi con los Padres y los Hermanos de la Grand' Maison, he recorrido, caminando a pie, el barrio de Montbernage, donde nuestro Padre fundador ejerció el santo ministerio durante el reinado del Terror, contemplando a mi derecha el pequeño bosque de Paimpaneau, que le abrigó más de una vez bajo sus sombras; a mi izquierda estaba la casa de la *Guste*, aquella heroína cuyo nombre es célebre en nuestros *Annales* y de la que voy a hablar enseguida de nuevo.

Saint-Eloi, el término de nuestra jornada, es la casa de campo de los Padres de la Grand' Maison; van de tiempo en tiempo a relajarse allí de sus trabajos; hasta alguna vez llevan allí a los alumnos, que se sienten felices de encontrarse con una comida campestre bajo los árboles de un bosquecillo cercano a la casa.

Saint-Eloi no es un "castillo": es una simple casa de campo, en que se ha prescindido absolutamente de todo lujo. Allí el aire es puro; porque está situada sobre una amplia planicie, donde se recoge principalmente trigo y vino: lo que asegura el tener una materia muy valiosa para la celebración del santo sacrificio de la misa

No es desdeñable esta ventaja; pero lo que hace a este modesta morada tan querida por los miembros de la Congregación, es que se trata del teatro de

un acontecimiento que se refiere a la vida del Rvdmo. Padre José María Coudrin. Allí fue, por cierto, cerca de unas ruinas de una antigua capilla dedicada a Saint-Eloi, donde ese celoso misionero se vio favorecido por una gracia insigne. De paso por allí, durante una noche oscura, con el Santísimo Sacramento que llevaba siempre encima en sus correrías evangélicas, se sintió obligado, por necesidad corporal, a depositar el portacomuniones sobre una losa, durante algunos instantes, recomendando a su compañero mantenerse en adoración. Este buen hombre vio entonces una luz brillante alrededor de la cajita que contenía las santas especies, y dijo al P. Coudrin: "¡Ah! , señor, no temáis: Es sin duda vuestro ángel guarda. La losa se conserva en el patio delantero de la casa de la Grand'Maison. Volviendo de Saint-Eloi, visité un establecimiento lleno de interés para los corazones verdaderamente cristianos: Es la casa conocida con el nombre de Nuestra Señora de las Dunas. Este nombre le viene porque sobre la cumbre de la ladera ocupada por esta casa, se contempla una estatua gigantesca de María con cuyo brazo extendido parece bendecir la ciudad de Poitiers. Este monumento se debió al celo del sacerdote Fossin. También él fue quien agrupó, sobre el flanco de este mismo roquedal, dos obras que no forman mas que una, a saber: un círculo católico de obreros y un patronato que prepara la entrada a esta asociación una de las más bellas instituciones de los tiempos modernos y uno de los más consoladores síntomas del despertar de la fe.

El círculo de Nuestra Señora de las Dunas es uno de los mejor organizados que puedan verse. Su fundador no ahorró nada, ni tiempo, ni dinero, ni viajes y fatigas; también los obreros cristianos se sienten felices de encontrar allí, junto a los más variados entretenimientos honestos, una biblioteca bien surtida y sobretodo una bella capilla en la que su alma puede alimentarse con la Palabra de Dios y reconfortarse con la participación en los sacramentos. Esta capilla, sin embargo, no es mas que provisional: se está construyendo otra cuyos fundamentos se levantan en la parte baja del gran pedestal de la Nuestra Señora.

La jornada del sábado se llenó con dos excursiones que han tenido, una y otra, su sello diferente. La primera tenía por fin la visita a la abadía de *Ligugé*; la hicimos en compañía del R. P. Eucher, superior del colegio de la Grand'Maison, y del P. Ladislas.

Cómo expresar esta cordial hospitalidad que se encuentra entre los dignos hijos de San Benito! Qué bien sienta respirar el aire de esta apacible soledad! Qué encanto en la conversación de estos buenos religiosos, que saben juntar tan bien el amor apasionado por la ciencia eclesiástica con la más tierna piedad. La exactitud de su regularidad monacal no impide para nada la afabilidad de su acogida. Todo el mundo se siente a gusto con ellos. Que se nos permita decir, pues, que los Padres de la Grand' Maison parecen tener un privilegio del todo singular en su cordial intimidad. En cuanto a mi, jamás olvidaré las horas deliciosas que he pasado ese día al lado de Dom Bastide, antiguo abad de Ligugé, y de su digno sucesor, Dom Bourigaud. Antes de dejar este asilo de la paz y de las virtudes monásticas, estuvimos rezando en el oratorio levantado en el lugar mismo en que San Martín

[fundador del monasterio] resucitó a un catecúmeno. Más tarde entramos en el taller de escultura del R. P. Juan, donde pudimos admirar su última obra maestra. Se trata de la Virgen sonriendo a las caricias del Niño Jesús. Todo el mundo alaba la expresión inimitable de los rasgos de este divino Niño. Desde Ligugé nos dirigimos inmediatamente a *Migné*. Este lugar, casi desconocido a comienzos de este siglo, adquiere cada día una nueva celebridad. Últimamente los peregrinos de París, cuya fe ha sido recompensada por un número tan grande de curaciones extraordinarias, hace una parada en Migné yendo a Lourdes.

Esta aparición de la Cruz en 1826, sosteniéndose inmensa en el aire e inclinada hacia la gran muchedumbre a pleno sol de la tarde, en el momento en que la lucha contra la Iglesia tomaba una nueva forma, y esto en la región en que la persecución de 1793 se había cebado con un encarnizamiento especial, y sobre los lugares en que el *Vexilla Regis* había sido cantado por vez primera, cuando el clero de Poitiers había ido a recibir el trozo de madera de la Vera-Cruz que San Martín envió a Santa Radegonde²: Todas estas circunstancias, sacadas a la luz por Mons. el obispo de Poitiers, en un documento y una alocución que se hicieron célebres, han llamado poderosamente la atención de los espíritus católicos, impresionando sus corazones y levantado sus esperanzas.

De este modo era un verdadero honor para nosotros arrodillarnos en el santuario erigido en memoria de este gran milagro. Allí rezamos por la Iglesia, por Francia y por nuestra Congregación.

Al salir de este monumento, que nos parecía demasiado modesto, visitamos la cruz que fue izada en el momento mismo en que su imagen luminosa aparecía en los aires. Se habría derribado de vieja, si no hubieran tenido la precaución de hacerle otra que sostiene los restos de la primera.

Después de esta parada, entramos en la casa parroquial para poder saludar al señor párroco, quien por desgracia estaba ausente. Su señora madre nos quiso mostrar los cuadros que representan el milagro; nos hizo ver igualmente los dos bellos candelabros que los peregrinos de París, camino de Lourdes, acababan de donar a la iglesia de Migné, como testimonio de su fe y de su esperanza: es una obra muy apreciable y de gran precio.

Por encontrarme en el teatro de la célebre aparición, hubiera deseado mucho esclarecer un punto que muchas personas ven como un lejano reflejo de esta gran luz.

Este es el asunto en cuestión:

Un escritor serio, Sr. Arthur Loth, habiendo llegado a Migné en diciembre 1876, para enviar a su redacción del *Universo* las fiestas jubilares que se

² La historia parece afirmar que esta gran reliquia de la Vera Cruz llegaba (s. IV) enviada desde Constantinopla por el emperador Constancio para Santa Radegunda, de ahí el título de su 'Abadía de la Santa Cruz' en Poitiers. Para tal ceremonia compuso el *Vexilla Regis* el trovador Fortunato. (N.T.)

celebraban en este lugar, escribía lo que sigue, con fecha del 17 de mismo mes:

"No puedo acabar el relato de esta jornada sin descubrirnos un hecho que tiene relación con esto. Entre doce y quince habitantes de Migné afirman haber visto aparecer, el viernes por la tarde, una cruz de las mismas dimensiones y en la misma posición que la de 1826. He escuchado a siete de esas personas en compañía del señor juez de paz del cantón y de un notable de Poitiers. Su testimonio es sincero y uniforme. Entre estos testigos, hay dos que, estando alejados de las prácticas religiosas desde hace tiempo, a la vista del acontecimiento fueron a confesarse. No me compete pronunciarme sobre el asunto; he creído, como corresponsal del aniversario de la cruz de Migné, que no podía omitir un hecho que vendría en apoyo del milagro asombroso de 1826".

Al acordarme de esta declaración, inserta anteriormente en nuestros *Annales* (T. III, p. 435) he querido estar en condiciones de poder satisfacer la curiosidad que ha debido de haber excitado; por tanto he hecho preguntas tanto en Migné como en Poitiers, y este es el resultado de mis investigaciones: Las personas que pretenden haber visto una cruz en los aires, no han variado sus afirmaciones. Cuando se les pregunta por qué no fueron a advertir a las personas que se encontraban entonces en la iglesia, responden simplemente que no pensaron en ello, preocupadas como estaban ante el espectáculo que cautivaba sus miradas. Queremos hacer notar que entre los testigos del fenómeno había una religiosa y una antigua alumna de nuestras hermanas; pero hemos de añadir que hasta ahora la autoridad eclesiástica se ha abstenido de proceder, por una encuesta oficial, al examen del hecho. El motivo de esta reserva quizás sea la inutilidad de la constatación jurídica en relación con un favor puramente personal; porque la autenticidad de la primera aparición es tal, que una nueva confirmación puede parecer superflua. Añadamos que podría tener sus inconvenientes el dar pasto con este incidente a las discusiones de este siglo incrédulo. No dijo Nuestro Señor: *"No deis lo santo a los perros, ni arrojéis vuestras perlas a los cerdos: no sea que las pisoteen y se vuelvan contra vosotros"* (Mat. 7, 6.)

Debemos imitar la prudente discreción del obispo de Poitiers y suspender nuestro juicio sobre este asunto, a la espera de mayor información. Sin embargo quienes conocen a las personas que son testigos oculares, pueden, con plena seguridad de conciencia, otorgar a su palabra el grado de confianza que parece merecerse.

Ha sido el sábado, 22 de septiembre, cuando he podido hacer mi peregrinación a Migné. Al día siguiente tuve la felicidad de visitar lugares llenos de interés para los miembros de nuestra Congregación: deseo hablar de las laderas de Montbernage. Me condujo en esta excursión un valiente cristiano cuyo nombre es honorable en la ciudad de Poitiers, el señor **Cursac**, autor de un opúsculo que tendremos ocasión de citar más de una vez. Pero dejemos para más tarde la continuación del relato.

II. Annales 1978 (pg 461)

Por haber sido la ciudad de *Poitiers la cuna de nuestra Congregación*, ofrece a cada paso la huella de *los senderos recorridos por nuestro fundador*, por eso he podido, siguiendo a mi cicerone, recoger en ellos tradiciones que no estarán faltas de interés para nuestros lectores.

El sol estaba a la mitad de su camino, cuando comenzamos nuestra excursión; y cuando volvimos al albergue, ya el día declinaba. Todo este tiempo lo empleé en tomar, sobre el terreno, un buen número de informaciones que han sido después cotejadas y completadas con la ayuda del opúsculo titulado *Le Faubourg de Montbernage* [el Barrio de Montbernage]: ese es el trabajo que les ofrezco hoy.

El primer monumento señalado que se encontraba en nuestro camino era la iglesia de *Sainte-Radegonde*. Habría muchas cosas que contar en relación con este edificio, que renueva al visitante cristiano recuerdos no menos instructivos que edificantes; pero quiero limitarme a lo que tiene alguna relación con *los orígenes de nuestra Congregación*.

* Al comienzo de la Revolución, la parroquia que acabo de nombrar tenía como párroco al *sacerdote Pruel*, amigo del Padre Coudrin y uno de los más asiduos compañeros de trabajo. El nombre de Pruel volverá por tanto más de una vez a mi pluma; pero antes de hablar de las pruebas que tuvo que soportar este generoso confesor de la fe, quiero decir una palabra sobre la población religiosa de la que era el venerado pastor.

Por la parte baja de la ciudad, corre un río de nombre el *Clain*; el barrio que riega se llama *Montbernage* y forma parte de la parroquia de *Sainte-Radegonde*. Los habitantes de este barrio se significaron, durante la tormenta revolucionaria, por una entrega heroica por los intereses de la religión y de sus ministros.

En 1789, como hoy, los habitantes de Montbernage se dedicaban, en su mayor parte, al cultivo de los campos, o bien a un modesto comercio; debido a esto las nuevas ideas no progresaron mucho en sus espíritus. De ahí la indignación y el estupor que se apoderó de ellos cuando oyeron hablar de la Constitución civil del clero. Su piedad se vio afligida profundamente ante la noticia del abandono de algunos cobardes *intrusos*; pero su fe no quedó quebrantada por este escándalo y, más que nunca, se arrojaron con pasión en torno a su digno párroco.

El sacerdote Pruel no tenía mas que treinta años cuando fue llamado a sustituir, en el gobierno de la parroquia de Sainte-Radegonde, al sacerdote Joustrad, anciano venerable que, durante más de medio siglo, había evangelizado este barrio. A un talento eminente, el joven sacerdote unía una bondad exquisita que en pocos años, le habían ganado ya el afecto de todos sus parroquianos.

Después de algunas tentativas inútiles, los agentes de la Revolución, desesperando de seducir a este eclesiástico, resolvieron sustituirle por uno de esos infelices sacerdotes que habían deshonrado con un juramento sacrílego la santidad de su carácter.

Fue el domingo de Ramos de año 1791, cuando el sacerdote Pruel tuvo el dolor de ver la abominación de la desolación en el santuario confiado a sus cuidados. Acababa de cantar la misa mayor, cuando un ruido extraño resonó en sus oídos; el sonido de los pífanos y los tambores anunciaba una marcha triunfal: Era la aproximación de Judas que venía a suplantarle. Prevenido con tiempo de cuanto se tramaba contra él, Pruel comprendió que había llegado la hora del sacrificio; volviéndose hacia los asistentes: *amigos míos*, les dijo, *tenemos que separarnos; Dios es testigo que al dejaros no es mi bien lo que me apena, sino vosotros, mis queridos hijos*. Después, levantando las manos al cielo, añadió: *Bendita Sainte-Radegonde, acercad al mío los corazones de mis parroquianos*.

En ese momento, el sacerdote juramentado entraba en la iglesia, acompañado de una impía tropa, conducida por los consejeros municipales. Para no ser testigo de la escena escandalosa que iba a profanar el lugar santo, el señor Pruel párroco de Santa-Radegunda se apresuró a marcharse; pero como se dirigía a la puerta, se encontró cara a cara con el apóstata. Este miserable, con un sentimiento de respeto instintivo se inclinó profundamente ante aquel a quien venía a usurpar sus funciones.

Al salir de la basílica, el señor Pruel vio a sus parroquianos que le esperaban, colocados en dos filas, para protegerle y escoltarle; le acompañaron, como una guardia de honor, hasta el asilo que se había elegido. Esta iglesia de Santa Radegunda fue por tanto el lugar de nuestra primera parada. Al llegar, vi en el atrio las huellas lamentables del vandalismo de la revolución: ante el pórtico, había esculturas que recordaban la realeza; han sido despiadadamente mutiladas.

En el interior del edificio, una de las primeras cosas que llaman la atención del visitante cristiano, es el monumento que llaman el *pas-de-Dieu* (*huella del pie de Dios*); este es su origen: Sainte Radegonde, después de haber fundado en Poitiers el monasterio de la Santa Cruz se retiró en un lugar de él para terminar su vida en el silencio del retiro. Diez días antes de su muerte, cuando se preparaba a este gran paso del tiempo a la eternidad, Nuestro Señor se le apareció para asegurarle su gloria próxima en el cielo; y queriendo dejar un signo de la realidad de esta visión, el Salvador dejó la huella de su pie sobre el pavimento. Aconteció el 3 de agosto 567. Desde ese momento hasta finales del siglo XVIII, esta piedra santificada por el contacto del Hombre-Dios, ha sido objeto de culto religioso. La celda de Sainte Radegonde, transformada en capilla, estuvo adornada con dos estatuas de la santa reina de rodillas ante Nuestro Señor: una verja preservaba este oratorio contra lo excesos de un celo indiscreto. Llegó la revolución y esta capilla fue destruida. Sin embargo las dos estatuas y la piedra fueron transportadas a la iglesia de Sainte Radegonde, y colocadas en un amplio entrante del muro lateral derecho, casi

enfrente de la entrada. La verja de hierro sirvió allí también para proteger este recinto.

Allí fue sin duda, donde más de una vez el señor Pruel vino a mezclar sus gemidos con los de su desolado pueblo. Podemos creer que fijó allí sus ojos entristecidos, cuando se vio obligado a huir precipitadamente de su iglesia. Algún tiempo después, es decir en 1893, el furor de los enemigos de la religión les llevó a quitar la verja que cerraba el *pas-de-Dieu*; de este modo el monumento sagrado quedó a merced de todo el mundo. Un gran número de personas, por una devoción mal entendida, no temieron desconchar la piedra monumental para llevarse algunos trozos a sus casas: el resultado fue que la huella casi ha desaparecido; hoy está preservada de semejantes degradaciones por una pequeña rastrillo metálica: otra verja cierra el recinto del reducto.

No hay duda de que el sacerdote Coudrin, cuyos trabajos evangélicos tenían como escenario principal la parroquia de Sainte Radegonde, viniera a menudo a rezar en este lugar.³ Otro tanto habría que decir de la tumba de la santa princesa, de la que se afirma lo que sigue:

Mientras que Francia gemía bajo el régimen del *Terror*, una banda de forajidos descendió a la cripta en que reposaban las reliquias de Sainte Radegonde; uno de ellos, armado de un hierro y de un martillo intentaba romper la piedra que recubre el santo cuerpo; pero he aquí que un trozo de mármol negro golpeó su mano sacrílega: la herida le causó una enfermedad de la que ese miserable no pudo reponerse.

Algún tiempo después, Sainte Radegonde manifestó de nuevo su poder, de un modo no menos maravilloso y extraño.

Un hombre de nombre Alejandro, ex-chantre de la iglesia de Saint Porchaire, en Poitiers, había olvidado de tal modo sus deberes religiosos, que no temió tomar parte en las masacres que tuvieron lugar en París durante el mes de septiembre; hasta se gloriaba de haber enviado al arzobispo de Arlés a la muerte. Este hombre tenía un hijo joven tan enfermo que no podía caminar. De retorno a Poitiers, el padre de este infortunado, no encontrando otro remedio, se le ocurrió hacer una novena en la tumba de Sainte Radegonde. Pero la iglesia que posee este monumento estaba entonces cerrada y custodiada de tal suerte que, para entrar en ella, hacía falta un permiso escrito que entregaban las autoridades revolucionarias. Alejandro tenía entonces el título de comisario de guerra; le fue fácil obtener el acta en cuestión.. Protegido con ella, entró en la basílica y comenzó en ella una novena, a la que llevaba cada día a su hijo a la cripta, andando él mismo descalzo. Ahora bien,

3 Las investigaciones del P. J.V. González nos ofrecen las siguientes informaciones: - Después de la muerte de Robespierre (1794) hasta comienzos de 1797, asignaron al P. Coudrin la asistencia de Sainte Radegonde, conocedor de la zona por su época clandestina. - En abril y el día de Pascua, regresó a Poitiers el señor Pruel, párroco titular de Sainte Radegonde, de la que se hizo cargo. -El 12 de septiembre, ante el recrudecimiento de la revolución, otra vez dejó la parroquia para exiliarse en Suiza, cayendo de nuevo sobre las espaldas del P. Coudrin la atención del rebaño de las orillas del Clain. (J.V.G. pp. 51-53)

el séptimo día cuando el padre se encontraba al lado del *paso-de-Dios*, su hijo se escapó de sus brazos y comenzó a andar, sin apoyo, hasta la tumba de la santa.

Después de haber contado este hecho, el Sr. Coursac añade: "La mujer del sacristán y su hija fueron testigos del milagro; y es de esta última, hoy octogenaria (en 1859) de quien tenemos estos detalles". Pero volvamos al sacerdote Pruel.

III. Annales 1878 (pg. 572)

Al dejar su casa parroquial, el sacerdote Pruel se retiró al barrio de Montbernage, situado al otro lado del Clain. Desde allí entraba de tiempo en tiempo en la ciudad, pasando por el puente Joubert. Una noche que hacía el trayecto para llevar los socorros de la religión a la parte de su rebaño que se encontraba más expuesto a las seducciones de los intrusos (sacerdotes), dos agentes de la policía le reconocieron, y le habrían arrojado al río a no ser por la intervención de otro revolucionario que se llamaba Casandra. Este hombre, después de haber adquirido una inmensa fortuna con la venta de los bienes de la iglesia, se encontró más tarde reducido a la mendicidad. Se le veía, cubierto de harapos, venir a golpear a la puerta de la casa parroquial de Sainte Radegonde; también el señor Pruel se creía en el deber de mantener la existencia de aquel que le había conservado su vida.

Sin embargo el peligro que acababa de correr este santo sacerdote fue conocido bien pronto en todo el barrio. Los amigos del señor párroco le aconsejaron alejarse del barrio hasta que la tormenta hubiera pasado. El generoso confesor de la fe no accedió al principio a este parecer; pero temiendo sin duda exponerse inútilmente a una muerte inminente, tomó poco después el partido de exiliarse por un tiempo. La ciudad de Angers fue el lugar de su retiro.

La víspera de su partida, fue a la tumba de Sainte Radegonde, que entonces no estaba tan severamente vigilada; oró largo tiempo, derramando muchas lágrimas. Vuelto a su casa, recibió de sus parroquianos una señal de afecto que le fue muy agradable: uno de los labradores de Montbernage le ofreció doscientos denarios, producto de una colecta que acababa de hacer para él. El señor Pruel rehusó aceptar el donativo; pero el valeroso hombre que se lo presentaba insistía, diciendo: "*He sido bien recibido en todas partes en que he pedido para usted ; no quiero exponerme a las afrentas cuando vaya a devolver el dinero a quienes me han encargado que os lo entregue*". Al día siguiente, al alba, el señor Pruel se dirigió hacia el bulevar en que le esperaba un cochero llamado Petit. Cuando atravesaba la calle, una mujer abrió su ventana y lanzó un grito desgarrado que atravesó el alma del buen sacerdote: *Jamás, decía, nunca he presenciado algo tan desconsolador*. Para no levantar sospechas, nuestros dos viajeros tomaron caminos transversales. Pero esta sabia precaución les expuso a un peligro de otro género; porque se perdieron en una planicie alejada de toda casa habitada. Al

llegar la noche les sorprendió allí, se acostaron bajo las estrellas, con un frío penetrante, no teniendo otro abrigo que la tienda de su coche. El señor Pruel confesó después que se creyó en su última hora, porque sentía la sangre helársele en las venas. Llegados a Angers, recibió una hospitalidad de lo más cordial en casa del señor de Cumont.

Con seguridad no tuvo necesidad de mostrar la carta de recomendación que le había entregado su compañero, el señor sacerdote Soyer, posteriormente obispo de Luçon. Fuera lo que fuese, citaré esta preciosa pieza, como muestra de las medidas de prudencia que exigían tiempos tan desgraciados; estaba redactada en estos términos: *"Certifico que el señor Desprez es un honesto comerciante de vinos, que son buenos y a buen precio, se puede dirigir a él con toda confianza y seguridad"*. Se comprende bien que se trataba de ese vino del que habla el profeta, y que *se compra sin dinero*.

El señor Pruel se vio obligado a permanecer siete años alejado de su rebaño. Esta separación le fue tanto más penosa cuanto que tenía ante sus ojos un espectáculo muy apto para recordarle los peligros que amenazaban a sus ovejas: enfrente de su habitación fusilaban diariamente prisioneros vandeanos. Todo su consuelo era el de poder celebrar la misa cada mañana; pero esta felicidad no estaba falta de tristeza porque al subir al altar se preguntaba si sus parroquianos no estarían privados desde hace mucho tiempo del santo sacrificio.

"Hay que reconocer sin embargo, dice a este propósito el Sr. de Coursac, que excepto las parroquias reales y católicas del oeste, ninguna en Francia tuvo tantos socorros religiosos como Sainte Radegonde. Casi todos los sacerdotes que pasan por Poitiers evangelizaron el barrio de Montbernage; muchos se quedaron allí, varios han dejado allí una fama justamente venerada.. A ese número perteneció Mons Soyer, que fue uno de los primeros en anunciar la Palabra de Dios a este pueblo fiel. De este número también formó parte el Sr. Coudrin, el fundador de Picpus, que penetró más tarde en el barrio y fue uno de sus héroes durante el Terror. *Los dos*, nos han contado los antiguos, *apenas se separaban; pero en ausencia del Sr. Pruel, nosotros mirábamos al Sr. Coudrin como nuestro párroco*. - Yo misma, añade Lisette David, criada del Sr. Pruel, *no le daba otro nombre*. El Sr. Coudrin fue en Poitiers el defensor intrépido de la fe, y por este título le debemos una mención especial".

Así habla el autor del opúsculo titulado *Le Faubourg de Montbernage* (pg. 8). Bajo su atenta guía, al salir de Sainte Radegonde, he podido hacer mi segunda parada, en un lugar en que sucedió esta emocionante escena que voy a narrar. Cerca del puente Joubert, hacia la intersección del paseo y la calle des Herbeaux, se encuentra una casa que habitaba bajo el Terror, la Señora viuda Ricordeau, con su hija y su cuñada. Esta respetable dama escondía bajo su techo a los Srs. Coudrin, Soyer y Sainton. Este lugar de descanso fue denunciado al club de la calle Mayor; y los tres proscritos estuvieron a punto de caer entre las manos de los revolucionarios, cuando una vecina, prevenida por su marido del peligro que les amenazaba, fue a avisarles. Se deliberó

inmediatamente sobre la solución que tomar. El primer pensamiento fue la de hacer salir de la ciudad a estos tres señores, con ayuda de disfraces; pero no habiendo podido realizarse, se recurrió a otra estratagema. La Señora Ricordeau confió sus huéspedes a su pariente Puisais⁴, obrero curtidor, cuya casa no estaba lejana de la suya y contigua al bulevar. Los Srs. Coudrin y Sainton apenas acababan de entrar en sus escondites, cuando la fuerza armada llegó de improviso. Al ruido de los pasos de los terroristas, el Sr. Soyer fue a acurrucarse en un conducto subterráneo que se extiende bajo la avenida, del lado del río, y se apresuró a cerrar la entrada con ramajes que tenía a mano. Los perseguidores llegan; varios de ellos hunden sus bayonetas en esos ramajes y se retiran. Pero el jefe de la patrulla, avanza un poco y se encuentra ante el proscrito. Este creyó estar ya en su última hora; y su pérdida efectivamente era segura si la Providencia no hubiera velado por su vida. Resultó que el jefe de la tropa era precisamente el patrono curtidor donde trabajaba Puisais; este hombre no queriendo comprometer a uno de sus mejores obreros, engañó a los revolucionarios: *Mirad*, les dijo, *lo que hay en ese agujero*; y les mostró el pantalón lleno de barro. Esto bastó para impedir que se prosiguiera la búsqueda por ese lado. La noche siguiente, el padre de Puisais vino a buscar al Sr. Soyer y le condujo a Montbernage. Los Srs. Coudrin y Sainton permanecieron de momento en la ciudad donde otros asilos les esperaban

En recompensa de esta hermosa acción, el valiente Puisais fue nombrado sacristán de la catedral de Poitiers, cuando en 1814 quedó libre esta plaza. Al mostrarme este escondite, que salvó la vida al compañero de nuestro fundador, el Señor de Coursac me hizo observar qué incómoda y poco segura fue. Pero la protección del Señor vale más que la más fuerte ciudadela.

IV. Annales 1879 (p. 404)

Al salir de esta casa en que la vida de nuestro fundador estuvo expuesta a tan gran peligro, teníamos ante nosotros el *Pont Joubert*, con que se relaciona otro recuerdo que el Sr. de Coursac relata en estos términos (p. 47) : "En 1794... siendo general la consternación en Montbernage, el Sr. Coudrin decidió volver a entrar en la ciudad donde sería menos buscado; el intrépido *Cinq-Pieds* le precedía. *¿Quién vive?*, le gritó un centinela del *Pont-Joubert*. "*Citoyen!*", respondió Cinq-Pieds, y siguió adelante. *¿Quién vive?* gritan de nuevo. La misma respuesta del P. Coudrin; y ya el confesor de la fe franqueaba la puerta, cuando los guardias nacionales que ocupaban el interior del puesto llaman al centinela para que examine bien a los que entran. *Estad tranquilos*, les dice, *los conozco, es un buen ciudadano*; y dirigiéndose al Sr. Coudrin que pasa delante de él: *Ah! Señor, qué gran peligro habéis corrido!* Resultaba que el funcionario se había confesado con el proscrito dos días antes y le había reconocido por la voz"

⁴ Otros escriben *Puisaye*.

Cerca del lugar en que sucedió esta escena, mi conductor me hizo observar un pequeño oratorio construido sobre uno de los pilares del Puente: Había allí una estatua de la Virgen y en el frontispicio podían leerse estos dos versos:

Si el nombre de María en tu corazón está grabado [*gravé*],
recita en su honor, querido pasajero, un *Ave*.

Este monumento se levantó, hacia finales del s. XVII, por el Padre de Montfort, fundador del Instituto de las Hijas de la Sabiduría. Cuando en 1793 la madona se encontró expuesta al furor impío de los revolucionarios, una mujer cristiana, la Señora Servant, la preservó de la destrucción ocultándola en su nicho bajo una gavilla de sarmientos. Al volver a su parroquia el Sr. Pruel, quiso colocar esta imagen en su santuario primitivo; pero quien la poseía no quiso deshacerse de ella mas que a condición de que pudiera adornarla en el oratorio. Se mantuvo efectivamente fiel a su piadoso oficio, hasta que faltándole las fuerzas, lo traspasó a una de sus amigas, que durante cuarenta años cumplió con celo este deber de piedad.

Después de haber atravesado el Pont-Joubert, volvimos hacia la derecha sobre la orilla del Clain. Nos encontrábamos cerca de la *Fontaine du Légat* ante la que se encuentra una casa que sirvió de asilo a los proscritos durante los días del *Terror*. Esta casa pertenecía entonces a uno que llamaban Chanteau, guarnicionero de profesión. Este hombre ocupaba un puesto bastante importante en la administración municipal: esto mantenía a su casa al abrigo de las sospechas. Era viudo y tenía siete hijos de poca edad. Entre los sacerdotes a que dio hospitalidad, el más notable fue el Sr. Nivert, apodado *la Jeneusse*. Al comienzo de sus correrías apostólicas, este eclesiástico no fue importunado: era poco conocido y por otro lado era la época en que Tallien inauguraba su entrada al..... con medidas de clemencia; los termidorianos sentían que Francia estaba cansada de verse gobernada por verdugos. Sin embargo los instintos feroces de estos hombres sangrientos se despertaron pronto. La nueva persecución era, es verdad, menos cruel que la primera: ya no se veían patíbulos con la guillotina, levantados en las plazas públicas; pero los confesores de la fe temían su detención, el exilio más allá de los mares y una muerte lenta bajo un cielo de fuego.

El espíritu decidido del Sr. Nivert le había traicionado ante la policía. Esta empleó todos los medios para apoderarse de él; ahora bien, así fue cómo se desbarataban sus pesquisas, bajo el techo hospitalario del Sr. Chanteau.

Por una puerta paralela al negocio y situada en la calle, se entraba a un corredor estrecho en cuyo fondo se encontraba un pequeño patio que daba a un edificio construido sobre el flanco de la montaña. La escalera de esta casa conducía a un entresuelo que contenía dos apartamentos, uno a derecha del rellano, el otro a la izquierda. Este último estaba el más limpio; por eso el Sr. Nivert había hecho allí una suerte de capilla en la que celebraba los santos misterios en presencia de los fieles iniciados en el secreto; era también en él donde partía el pan de la palabra divina, donde administraba los sacramentos del bautismo, de la penitencia y los matrimonios. Unas palabras del hijo de

Chanteau da a entender cuál era la actividad de este ministerio: "*Era yo, decía, quien servía de padrino a la mayor parte de los niños bautizados en casa de mi padre y se cuentan por centenares mis ahijados en la ciudad, en el campo y en los barrios*". También allí, el sacerdote Nivert daba lecciones de latín a niños, que pertenecían a familias cristianas y monárquicas, que no habían podido seguir a sus padres en la emigración. En la otra sala se reunían los sacerdotes que buscaban un asilo contra la persecución. En caso de alerta, se metían por la chimenea, empujaban una puerta secreta y se deslizaban por un escondite acomodado encima del apartamento; era tan estrecho y estaba tan bien disimulado por las murallas y las rocas, que era imposible sospechar de su existencia. Allí, sin embargo, se amontonaron un día siete proscritos perseguidos por la policía: a punto de ser sorprendidos, por la noche, se levantaron de prisa, llevándose con ellos los breviarios, vasos sagrados y ornamentos sacerdotales. El Señor Chanteau corrió entonces donde sus hijos, que dormían tranquilamente, tomó a algunos a los que transportó de sus camas a las de los fugitivos, de manera que los esbirros se encontraran totalmente despistados. Gracias a esta generosa e inteligente hospitalidad, el sacerdote Nivert continuó ejerciendo el santo ministerio en el barrio de Montbernage hasta la época del Concordato. Se encuentran en los archivos de Sainte Radegonde extractos de actas de bautismo y de matrimonio que hizo en este término parroquial, durante los años 1796 y 1797. Su nombre fue también consignado con elogios en los registros que entonces fueron presentados en el obispado. Sin embargo debemos confesar que el final de esta carrera sacerdotal no respondió en nada a tan hermosos comienzos. Arrastrado por los prejuicios de su educación galicana, el sacerdote Nivert fue uno de los que, no reconociendo al Papa el derecho de destituir a los obispos para evitar mayores males, formaron con algunos prelados indóciles, el cisma de la *petite-église*. Así de verdadero es que el celo más ardiente, si no está reglamentado por la obediencia, puede conducirnos al abismo⁴.

No lejos de la casa de Chanteau, en los roquedales que bordean el Clain, se encuentra una vasta gruta llamada *Roche à Milon* del nombre de su antiguo propietario. Allí fue donde en 1800, el sacerdote Pruel dijo la misa de medianoche, sobre un altar masivo tallado en la roca. Fue sin duda la última vez que se celebraron en ese lugar los santos misterios, porque la persecución tocaba a su fin. Se han conservado los nombres de dos soldados que rindieron honores militares al Dios de los Ejércitos en ese día memorable: uno era Chamore, caballero de cazadores, y el otro el infante de caballería Dionet. Al mostrarme esta gruta, mi guía me hizo notar las proporciones grandiosas: se ven efectivamente ocho columnas y pilastras, talladas en la roca, que sostienen la bóveda; al medir la superficie del suelo, aproximadamente, encontramos que tenía unos 35 mts. de largo por 24 de ancho. [En el mismo instante se celebraba en la Grand' Maison]

⁴ Lo mismo sucedió con uno de los dos Vicarios Generales de Poitiers, que aprobaron en la diócesis nuestra Congregación, posición en que se mantuvo hasta casi la hora de su muerte. Históricamente y teológicamente fue un acto contestado en muchas conciencias de sacerdotes y obispos, sometidos externamente también para evitar males mayores. [N.T.]

V. Annales 1879 (Pg. 674)

Nuestra sexta estación fue la de las *Quatre-Roues*. Ahora bien, el héroe de este barrio fue el sacerdote Alexis de Montfrebeuf, decano del capítulo de Amboise y compañero de trabajos apostólicos de nuestro piadoso fundador. Desde que llegó a esta parte del barrio, el venerable decano fue albergado en él por el Señor Garnier, cantero de oficio. Este bravo hombre había mostrado a menudo al Señor de Coursac la pequeña habitación que tenía reservada para su huésped; y felizmente vi yo mismo este lugar, en compañía de mi excelente guía.

Cuando Garnier acompañaba en sus correrías peligrosas al venerable decano, este le confiaba su reloj diciéndole: *Si nos persiguen tú que eres joven podrás escapar; al menos guardarás este pequeño recuerdo mío.*

El sacerdote de Montfrebeuf había de dejarle uno más precioso todavía: él mismo bendijo, en 1795, la unión de Granier con María Magdalena Vangile, del que quiso gustoso darle una atestación por escrito: era una señal de confianza del más alto precio, en aquellos tiempos desgraciados en que el descubrimiento de una pieza de este género podía tener las más graves consecuencias. Por eso el decano dijo al nuevo casado: *Es necesario que esté yo bien seguro de ti, porque desde el comienzo de la persecución, no he entregado a nadie un escrito firmado por mi mano, que tenga que ver con las funciones de mi ministerio.*

Merece la pena citar esta acta: este es su contenido:

"El año mil setecientos noventa y cinco y el día primero de julio, nos el firmante sacerdote católico y no juramentado, que conoce bien la vida, costumbres y religión de René Garnier, cantero de oficio, de 19 años de edad, nacido en la parroquia de Sainte Radegonde, hijo de René Garnier también cantero de piedras, y de la difunta Ana María Marsault, sus padre y madre, de una parte; y de María Magdalena Vangile de 22 años de edad, hija de Étienne Vangile, cantero de piedra, y de María Gouin, sus padre y madre, nacida en la parroquia de la Resurrección de la antedicha ciudad de Poitiers, por otro lado, procediendo el uno y la otra bajo la autoridad de sus nombrados padres y madres: habiéndose hecho la publicación de sus promesas de matrimonio en la municipalidad de la antedicha Poitiers, los día veintiséis, veintisiete y veintiocho del mes de junio último, sin que haya habido oposición alguna a dicho matrimonio; y bajo la promesa que nos han hecho de vivir y morir en la religión católica, apostólica y romana y de educar en ella a sus hijos; habiendo recibido previamente el sacramento de la penitencia, les hemos dado la bendición nupcial, celebrando después la santa misa en la que han comulgado. Han estado presentes a dichos esponsales: los antedichos padres y madres de los contrayentes, Maria Couvertier, abuela del nuevo esposo y Francisco Maître, jardinero, amigo de ambos, los que han firmado con nos, salvo las antedichas Maria Magdalena Vangile, María Couvertier, que han declarado no saber firmar; han sido requeridas a trazar una línea rayada sin valor.

Han firmado: René Garniai, René Garnié, El abbé de Montfrebeuf, sacerdote, decano del capítulo d'Amboise

Para escapar a las persecuciones de los revolucionarios, el sacerdote de Montfrebeuf tuvo que esconderse sucesivamente en varios lugares; pero finalmente vino a establecerse en *Quatre Roues* en casa del jardinero François Bernard. Ocupó la habitación más amplia y la mejor situada de la casa; tenía destinadas las ropas más finas; los mejores frutos estaban reservados para su mesa; y en las noches de invierno, cuando ofrecía a sus amigos una comida frugal, su huésped jamás olvidaba de descontar la parte del proscrito [sacerdote]. A ejemplo de Bernard, los otros habitantes del barrio testimoniaban al decano d'Amboise una simpatía llena de respeto. Asistían en gran número a la misa que celebraba, fuera en su apartamento, o bien en una gruta ya santificada por la oblación del santo Sacrificio en los días del Terror.- Fue en ese mismo local donde el sacerdote Soyer bendijo un día siete matrimonios a la vez. No hay duda alguna de que el mismo Padre Coudrin haya celebrado en este lugar.

Sin embargo, denunciado a la policía revolucionaria, el sacerdote Montfrebeuf hubiera sido cogido de no haber sido prevenido por un brigadier de la gendarmería, llamado Lanes y más conocido por el nombre de Carabin. Este militar era hijo de un hombre muy entregado a la causa de la Revolución; creyendo que compartía las opiniones de su padre, los terroristas no desconfiaban de él; así es como, más de una vez, desbarató las investigaciones de sus enemigos.

Sobre las Dunas que bordean el Clain en el barrio de las *Quatre Roses*, enfrente del colegio fundado, desde esa época por las Padre Jesuitas, todavía se ve, en medio de la ladera, un pequeño rellano, de tal modo rodeado por rocas, hiedras, escaramujos y arbustos, que el acceso es casi inabordable. Allí es donde iba a refugiarse el intrépido confesor de la fe en el momento del peligro: era ya de noche; la iluminación de una linterna dirigía sus pasos a través del sendero abrupto; le acompañaba su pequeño perro; pero como si sintiera el peligro que corría su dueño, este fiel compañero no hacía ningún ruido. El sacerdote de Montfrebeuf pasaba la noche en este escondite; y al despuntar el día, trepando el resto de la ladera, llegaba a la planicie alta de la *Cueille-Aigüe*, donde el Señor Chartier le daba hospitalidad. Yo mismo he recorrido estos lugares, bajo la dirección de mi experimentado conductor, y he de declarar que no me sentía falto de miedo: porque si las ramas en que me agarraba se hubiesen roto entre las manos, habría rodado por el precipicio.

El refugio de la *Cueille-Aigüe* no era bastante seguro, por eso Francisco Bernard vino, a los dos días, para proponer a su antiguo hospedero que le condujera a Poitiers. La cosa no era fácil, porque las entradas a la ciudad estaban severamente guardadas por todos lados; sin embargo se realizó, gracias al concurso de Agustin Bernard y de Clémenceau. El primero, sobrino de François, estaba entregado totalmente a los intereses de la religión. El

segundo, aunque estaba al servicio del gobierno en esa época, no temía para nada violar las consignas con tal de salvar a un sacerdote.

Por tanto, entre las diez y las once de la noche, el sacerdote Montfrebeuf descendió al *Pont Joubert*, escoltado por sus conductores. Al aproximarse al puesto, elevaron la voz y conversaban animadamente, como personas totalmente absortas en su interesante conversación; Agustín distrajo la atención de los guardias con unas palabras de saludo; Clémenceau que estaba de servicio no mostró ninguna dificultad; y el paso peligroso se franqueó sin incidentes.

El decano d'Amboise fue primero recibido en Poitiers en casa de la señorita Héroult, que habitaba en la calle *Gervis-Vert*; allí se encontró con el sacerdote Pruel, vuelto de su emigración. Es inútil decir con que atención aceptó esta piadosa dama al nuevo fugitivo. Éste, sin embargo, para mayor seguridad, se fue a dormir a la habitación de un vecino llamado el *padre Crincaeu*, que le ofreció hasta compartir su lecho. Precaución que no fue inútil. En efecto, los revolucionarios, habiéndose enterado de que un sacerdote estaba escondido en este barrio, se acercaron para hacer una investigación nocturna. Cuando la patrulla entró en el apartamento en que el sacerdote Montfrebeuf estaba alojado, creyó que había llegado su última hora: hizo a Dios el sacrificio de su vida, y sin embargo se mantuvo inmóvil, la cabeza cubierta con las mantas. *¿Dónde está el sacerdote?*, gritó el jefe de la escuadra, *¿dónde está el sacerdote que buscamos?* - *¿Un sacerdote?*, respondió Crincaeu, *¿quién es esa bestia?* De inmediato reposó la cabeza sobre la almohada fingiendo dormirse. Los guardias nacionales se retiraron, sin sospechar que tan buen patriota pudiera esconder un sacerdote en su cama

Al día siguiente, el decano d'Amboise fue donde las señoras Genest y Moreau, Hermanas de la Unión Cristiana, cuya comunidad, como todas las otras, se encontraba entonces dispersa. No habían transcurrido aún tres semanas, desde que había abandonado Montbernage, cuando el confesor de la fe sucumbió bajo el peso de los sufrimientos, que su avanzada edad hacían aún más penosos. Fue enterrado secretamente en un jardín, sin que nadie haya podido jamás encontrar su tumba; pero el recuerdo que sus virtudes ha dejado en el espíritu del pueblo es más precioso que un mausoleo de mármol.

VI. Annales 1880 (pg. 425)

Después de haber visitado el barrio de las *Quatre-Roues*, con los roquedales que sirvieron de escondite a un de los colaboradores del P. Coudrin, subimos hasta la cumbre de la pendiente; desde aquellas alturas el turista contempla la ciudad de Poitiers extendiéndose a su izquierda. Atravesando la meseta, nos encontramos con un pequeño grupo de casas, llamado *Cueille-Aigue*, cerca del que se encuentra una casa que nuestro Fundador ocupó a menudo, durante la Revolución, así como varios de sus compañeros.

Esta casa, compuesta por una granja y dos habitaciones, está situada en un barrio retirado; a su alrededor se ven algunas pobres casas que no están separadas entre ellas mas que por callecitas muy estrechas. Con escaleras cubiertas de planchas, unían como en uno el conjunto de todos estos albergues y proporcionaban, a los sacerdotes que estaban allí escondidos, un camino aéreo por el que podían escapar de sus enemigos; durante la celebración de los santos misterios, se colocaban siempre estos puentes volantes de un techo al otro; y como los habitantes del barrio eran de un entrega a toda prueba, hubiera sido muy difícil atrapar a los confesores de la fe que se ocultaban en sus casas.

El personaje principal de la localidad fue la señora Gervile, nacida Pasquier y esposa de Gervais. Poseía una modesta fortuna que le permitía ayudar a los sacerdotes proscritos y de cooperar en otras buenas obras bajo la dirección de *la Guste*, de quien tendremos enseguida ocasión de hablar.. A ella es a quien pertenecía la casa que acabamos de describir; y más de una vez, esta virtuosa mujer tuvo el consuelo de ver al Hijo de Dios descender a su casa bajo los velos eucarísticos.

Fue en esta granja de la Gervile donde sucedió este rasgo admirable que uno no se cansa de repetir :

Desde hacía varios meses, los habitantes de Montbernage estaban privados de la felicidad de asistir a la Santa Misa, cuando el P. Coudrin penetró en el barrio, durante los días del *Terror*. Enterados de la llegada del sacerdote, así como del lugar donde iban a celebrarse los santos misterios, los habitantes del barrio se reunieron, a la hora convenida, en el pequeño patio situado delante de la granja Gervais. Hacia la media noche, se abrió la puerta, y los fieles se precipitaron con un religioso apresuramiento en el santuario improvisado. Comenzó la Misa, y todos seguían sus diversas partes con una emoción apenas contenida, pero cuando después de la consagración el celebrante elevó la Hostia, un arrebatado de alegría se apoderó de los asistentes, que hizo salir de sus corazones este grito: *¡Por fin estáis aquí, mi Dios! ¡Oh!, cuánto tiempo hacía ya que no nos habíamos visto!* Esta expresión, de una fe tan ardiente como inocente, llegó a tocar tan profundamente al celoso misionero, que desde entonces consagró a la evangelización de Montbernage la mejor parte de su tiempo.

Entre las excursiones del *Buen Padre* a este lugar de predilección, vamos a citar dos episodios que ofrecen un interés particular.

En 1797, el sacerdote Pruel, párroco de *Sainte Radegonde*, se encontraba en Poitiers, de vuelta de su emigración al Anjou; como se acercaba la fiesta de Pascua, quiso celebrarla con esta porción escogida de su rebaño que nuestro piadoso fundador evangelizaba con tanto cuidado. El prado de la señora Gervile fue escogido como lugar de reunión. Como el furor de la Revolución había descendido un poco, se creyó poder dar una cierta pompa a esta solemnidad : en lugar de hacerla durante la noche, se determinó no comenzarla hasta las primeras luces de la aurora; se reunió allí una muchedumbre considerable, y dos policías del barrio, los bravos Carabin y

Linasier, se colocaron a los lados del altar para presentar armas al Rey de reyes.

Todo el mundo esperaba, con una gozosa impaciencia la primera visita del venerable y querido exiliado. Por fin lo vieron aparecer, seguido de su digno auxiliar, el sacerdote Coudrin, a quien ya se había cogido la costumbre de llamar Señor párroco. Éste se adelantó en medio de la asamblea, y dirigiéndose al señor Pruel: *"Querido pastor, le dijo, ¡ya estáis en medio de vuestro rebaño!. Al ponerlo entre vuestras manos, debo dar testimonio de las lágrimas que ha derramado por vos durante vuestra ausencia"*.

Estas palabras fueron acogidas entre sollozos; y cada uno, arrodillándose ante el venerado sacerdote, besaba sus manos benditas regándolas con sus lloros. Así se verificó una especie de predicción que el señor Pruel había hecho al tomar posesión de su parroquia. Al ver que varios de sus parroquianos no podían consolarse por la muerte de su predecesor: *Llorad, llorad, hijos míos, les decía, yo intentaré merecer unas lágrimas semejantes"*. Después de esta conmovedora recepción, el señor párroco de Sainte Radegonde se revistió de los ornamentos sacerdotales y subió al altar que se había erigido al aire libre. Habiendo leído el santo Evangelio, se volvió hacia su pueblo y le dirigió la emotiva alocución que le dictaba su corazón; a continuación entonó el *Credo* que continuó cantando la asamblea. Hubo comunión general en esta Misa; y todo acabó con cánticos.

La resonancia de esta solemnidad se extendió pronto por la ciudad de Poitiers, donde excitó el furor de los enemigos de la religión. La vida del señor Pruel se vio de nuevo amenazada; de tal modo que el generoso confesor de la fe no pudo entrar en Montbernage mas que en raros intervalos durante los últimos años de la Revolución.

Esperando que la paz volviera a la Iglesia, el sacerdote Coudrin continuó ejerciendo las funciones del santo ministerio, conjuntamente con el señor Pruel, y hasta le remplazaba cuando este se encontraba impedido. Es lo que hizo concretamente, en este mismo año de 1897, en una ceremonia de primera comunión. La casa de la Gervile fue de nuevo el escenario de esta solemnidad. Las dificultades ocasionadas por la fiesta de Pascua no habían sido demasiado serias, por lo que no hubo dificultad para retomar una práctica interrumpida a la fuerza desde hacía cinco años: las niñas invitadas a participar en el banquete eucarístico llegaron con sus vestidos blancos y una vela en la mano; se sentía como la cercanía de un día nuevo. Sin embargo la prudencia exigía que se tomaran aún precauciones; por eso los puentes volantes fueron tendidos de una casa a otra, como se hacía en los días del Terror.

No fue la única vez que una ceremonia análoga tuvo lugar en este sitio, aunque con un menor esplendor: "Casi todos los ancianos que aún viven en Montbernage hicieron allí su primera comunión". Es lo que el Sr. de Coursac escribía, en 1859. ¡Por qué hemos de estar obligados a confesar que esta

granja legendaria no existe ya hoy! Cuando hicimos nuestra excursión a estos parajes, acababa de derrumbarse, y no encontramos mas que ruinas.

VII. Annales 1880 (pg. 478)

Al salir de la casa Gervile, avanzamos a través de las callejuelas hasta el centro del barrio. Durante el camino visitamos algunas casas cuyo techo abrigó a nuestro fundador, entre otras la de los esposos Pasquier.

Todavía existe la habitación en la que celebraba habitualmente los santos misterios. El domingo cantaba la misa en ese apartamento; y como el número de asistentes era siempre considerable, el suelo acabó por ceder y fue necesario volver a sostenerlo. Este pobre lugar todavía se conserva en el mismo estado.

El señor de Coursac expresando cierto día a la señora Boutet su extrañeza de que ella y sus compañeras jamás hubieran sido sorprendidas por la fuerza de los soldados en sus reuniones clandestinas, ésta le respondió con un acento de fe inocente: *El Dios bueno nos protegió siempre.*

Se dio efectivamente una intervención divina visible de la Divina Providencia en aquellos tiempos calamitosos. Pero no se descuidaban las precauciones aconsejadas por la prudencia. Los esposos Pasquier habían desalojado un edificio, separado por una calleja del de su morada, para el sacerdote Coudrin y sus compañeros, para que nadie les turbara durante sus ejercicios de piedad. Pero mantenían muy bien la ronda durante la noche y no dejaban de dar la alarma a sus huéspedes en el momento del peligro. A esto es a lo que hacía alusión el *buen Padre* cuando más tarde afirmaba: *Me parece estar viendo todavía las callejas de huída por donde nos llevaban por la noche a los bosques.*

Después de haber saludado a los habitantes de este lugar, entramos en una casa vecina donde habíamos sido recibidos por la señora Degesne, nacida Pasquier, de unos 80 años de edad. Esta venerable señora nos edificó mucho por el acento de fe y de piedad que animaba sus palabras. Enseñándonos un apartamento cercano del que ella ocupaba: *"Aquí es, nos decía, donde dormía el señor Marche-à-terre"*; había conservado la costumbre de llamar al sacerdote Coudrin por su nombre de guerra que llevó durante la Revolución.

Y ya nos encontramos con el *antiguo cementerio de Montbernage*; es un terreno plantado de acacias y situado sobre la planicie, en la cumbre de una ladera. Alrededor de este lugar destacan en abanico las casas de ese pueblecito. Allí es donde se llega a la carretera que va hacia Poitiers; pero en el lugar de este camino, no había en otros tiempos mas que estrechos senderos que se comunicaban con los bosques que coronan los alrededores y por donde huían fácilmente los confesores de la fe.

El *buen Padre* atravesó por tanto muy a menudo este sitio; y sin duda ninguna, pasando entre las mismas tumbas, no pensaba en la muerte que le amenazaba a cada instante en sus correrías peligrosas. Este lugar merecía además, por otra razón, que llamara la atención del piadoso misionero: era un punto de reunión para la oración pública.

Desde que la impiedad revolucionaria había cerrado las iglesias, los fieles se reunían donde podían, para honrar a Dios: los de Montbernage querían reencontrarse al pie del Calvario levantado en el cementerio: allí es donde las piadosas cristianas recitaban en común el rosario. Una pequeña cruz de piedra coronaba el monumento: se arrodillaban ante él, después la escondían, al terminar la asamblea, en una casa del vecindario, para sustraerla al peligro de una profanación. Sin embargo no se tomó siempre esta sabia precaución. Cuando el peligro pareció alejarse, se dejaba expuesto, continuamente, este signo augusto de nuestra Redención. Los agentes del gobierno tirano fueron advertidos, e inmediatamente enviaron policías a Montbernage, con la orden de derribar la cruz y arrojarla al Clain. Ya aquellos miserables habían comenzado a realizar su detestable misión, cuando una mujer de coraje, llamada Colas, se arroja sobre ellos y les quita la preciosa cruz, que acababan de derribar. Entonces se entabló una lucha encarnizada entre la soldadesca y la heroína. Ésta, con el cuerpo inclinado sobre su tesoro, reteniéndole entre sus brazos, gritaba a los sacrílegos: "*No, no se la llevarán, es la cruz de nuestros padres, no se moverá de aquí*" Sorprendidos ante una resistencia que no se esperaban, los policías emplearon, para convencerla, tanto la persuasión como la violencia; llegaron hasta hacer pasar la hoja de sus sables bajo los ojos de aquella mujer valerosa. Vanos esfuerzos; aquella verdadera cristiana no temía el martirio.

Este desigual combate ya duraba mucho tiempo, cuando los hombres, atraídos por los gritos de la víctima, corrieron en su socorro. Uno de ellos, aprovechando el momento en que el tumulto llegaba a su colmo, cogió la cruz y se la llevó a lugar seguro, mientras que los otros amenazaban a los agresores con hacerles pagar su mala acción. Entonces la mujer Colas consiguió evadirse; y los secuaces de la Revolución se retiraron avergonzados de su derrota. Sin embargo, para ocultar este oprobio, sobornaron a un cómplice, a quien revistieron de una especie de vestimenta eclesiástica y empujándole por delante a golpes de cuerda, entraron triunfantes en la ciudad, vomitando imprecaciones contra los fanáticos de Montbernage.

Después de haberme explicado estas cosas, en los mismos lugares que fueron su escenario, mi caritativo guía me invitó a dar algunos pasos con él. Le seguí y tuve la felicidad de contemplar con mis ojos aquella misma cruz que había sido objeto de una defensa con semejante coraje. El viajero que viene de Poitiers puede fácilmente verla sobre el costado derecho del antiguo cementerio, en la intersección de los dos muros; apenas tiene 50 centímetros de alta; Sobre cada uno de sus lados está grabada la figura de Nuestro Señor crucificado; en las extremidades de sus troncos lleva la fecha 1796, que es probable sea la del acontecimiento que acabo de narrar.

Uno o dos rasgos acabarán de diseñar a esta población de Montbernage, que el buen Padre Coudrin tanto amó evangelizar!

En 1795, dos jóvenes, los señores Boitard y de Pougernaux, desearon celebrar el aniversario del milagro de las llaves, tan querido a los poitevinos, con una procesión en honor de la Virgen María. Era lunes de Pascua; un sol primaveral inundaba la campiña con sus rayos bienhechores. Por prudencia, los eclesiásticos quisieron tomar parte en esta demostración; pero los intrépidos caballeros de la Reina de los Ángeles, no escuchando más que el amor de su celo, fueron a coger una estatua oculta en una casa; la pusieron sobre unas parihuelas adornada con gusto y marcharon procesionalmente cantando las letanías y otros cantos, hacia la *Cruz del Bourdon* que se ve, a un kilómetro del barrio, sobre la ruta de Breuil-Mingot. Más de quinientas personas, de toda edad y condición, formaban el cortejo. Cuando llegaron a la estación, los dos organizadores de la fiesta depositaron la imagen de la santa Virgen a los pies de la cruz; a continuación se pusieron a arengar a la muchedumbre y, bajo su invitación, la asamblea renovó su servicio a la Madre de Dios. Tomaron a continuación el camino del barrio; y Nuestra Señora volvió a su santuario desconocido. Una audacia semejante merecía un castigo, tanto más que la *Cruz du Bourdon* era el punto de mira del furor revolucionario: derribada varias veces, esta cruz siempre había sido levantada para volver de nuevo a su derribo; de este modo al día siguiente de esta fiesta, los señores Boitard y de Pougernaux fueron encarcelados: tuvieron de esperar allí un buen tiempo. Algunos meses después, hacia las tres de la mañana, el sonido del cuerno resonó en los alrededores de Montbernage. Advertidos del peligro por esta señal, la población acudió al cementerio, lugar ordinario de sus reuniones; se formaron allí grupos numerosos; se hablaba en voz baja sobre cuál podría ser el objeto de la alarma. Pronto se vio llegar de prisa al mensajero Marceau, por apodo *Pied-Fin* a causa de la rapidez de su caminar; y supieron por sus palabras que uno de los apóstoles del barrio, el señor du Chastenier, acababa de ser arrestado en Chauvigny para ser encarcelado en Potiers. ¡*A las armas, a las armas!* fue el grito que salió inmediatamente de todas las gargantas. Entonces los hombres tomaron los fusiles, sables y bastones y avanzaron al encuentro de los policías, mientras las mujeres rezaban por el feliz éxito de la expedición. Iban así hacia Chauvigny, cuando el mismo señor du Chastenier se presentó ante ellos: el cautivo había podido escapar de las manos de los esbirros, ayudado, como se creía, por uno de los infortunados servidores del gobierno despótico. Al entrar en el barrio, el confesor de la fe recibió una ovación que debió compensarle de todas sus penas; pero por prudencia se dejó conducir a continuación por sus amigos a un lugar más retirado en el campo.

Ya se ve por estos diferentes sucesos, cuál era el celo de nuestros arrabaleros hacia las personas y las cosas que se relacionaban con la religión. No hubiera sido prudente, en medio de ellos, alardear de las glorias de la impiedad revolucionaria.. Es lo que mi cicerone me hacía observar yendo de camino; y en apoyo de su afirmación, me mostraba una casa que, en los días del *Terror* estuvo habitada por gentes sospechosas de connivencia con los enemigos de la Iglesia. Porque todas las veces que se tenía allí una asamblea para una

ceremonia religiosa, los hombres montaban guardia alrededor de esa casa, para impedir a quienes la habitaban salir de ella, no fuera que sorprendieran a los fieles en flagrante delito de prácticas religiosas. ¿Puede alguien extrañarse, después de todo esto, que el recuerdo de Montbernage fuera algo tan querido para nuestro piadoso fundador?

VIII. Annales 1880 (pg. 570)

Al dejar el antiguo cementerio de Montbernage, descendimos por una de las vertientes de Pimpaneau, cuyas cimas boscosas favorecían el escondite de los defensores de la fe. Pero el aspecto de esos lugares ha cambiado mucho desde que la civilización moderna ha desnudado sus cimas.

Vimos, yendo de camino, la casa del llamado Carabin. Era un honesto gendarme que rindió muchos servicios a la causa, aparentando un cierto celo por las ideas en boga, de las que su padre era un ferviente defensor. Cómo este bravo hombre había logrado armonizar su conducta exterior con la voz de su conciencia, es un problema cuya solución se me escapa; no hago más que constatar el hecho: a saber, que el brigadier Lanes, que tenía por sobrenombre Carabin, salvó más de una vez a los que tenía la misión de encontrar.

Más abajo, a mitad de la ladera, se encuentra una pequeña casa bajo cuyo techo se escondieron también varios sacerdotes: se dice que el señor Pruel iba allí a menudo a confesar.

Pero el monumento más interesante que hayamos encontrado por esos parajes, es la casa de una heroína llamada *la Guste*, sobre la que he de decir ahora algunas palabras.

Esta mujer debía la vida a los esposos Caillaud o Caillard, buenos cultivadores, que la instruyeron muy temprano en la religión. En su juventud, fue formada en la piedad por los cuidados del señor sacerdote Quintard, canónigo de Sainte Radegonde. Alrededor de sus veinticinco años, se hizo costurera y se casó con un maestro cantero de Montbernage, Bernard, llamado *Cinque-Pieds*, por su pequeña talla. Uno de los nombres de Bernard era Agustín o Gustin; y de ahí venía que su mujer, conforme al uso del país, fuera llamada *la Guste*¹. Nada en su exterior era como para encandilar a su esposo: era más joven que él, apenas si le llegaba al hombro, su rostro estaba marcado por la pequeña viruela y todo en ella denotaba el sufrimiento y un temperamento enfermizo; pero era tan buena, tan afable, tan espiritual, que bastaba conocerla para amarla.

Como los compañeros de Agustín le decían: *Tomas una mujer para dos días*, él se contentaba con responderles: *La cuidaré tan bien que la conservaré*

¹ Agustín Bernard era designado también en algunos manuscritos con el nombre de Paul; probablemente tenía estos dos nombres

mucho tiempo. Mantuvo la palabra, y *la Guste* tenía ochenta y un años cuando cerró los ojos.

Así escribió el señor de Coursac en su opúsculo ya citado; y el comentario que añadió de viva voz me hizo comprender que la casa en que iba a entrar había sido la morada de una persona cuya memoria era bendita ante Dios y los hombres.

Esta casa, por otra parte, no se significa más que por su extrema sencillez. Se encuentra subiendo a la izquierda, cuando se pasa el establecimiento de las Hermanas de la *Sabiduría*. Como era una de las que, durante la Revolución, fueron las más a menudo frecuentadas por los confesores de la fe, y particularmente por el Rdm. P. Coudrin, trataré de describirla.

Una vez atravesado el dintel de esta casa, os encontraréis con un pasillo estrecho y oscuro, que tiene a la derecha el muro de la casa vecina, y a la izquierda una planta baja que, en la época de que hablo, estaba ocupada por Maurice Poraton, sobrino de Agustín Bernard. Este último tenía un hermano, Louis Bernard, que habitaba en el piso situado encima de los apartamentos de Maurice. Seguid hasta el fondo del pasillo y entraréis en la habitación donde se encontraba ordinariamente *la Guste* cuando estaba sentada trabajando. ¿Queréis ver su silla? Todavía está allí; al menos estaba el día de nuestra visita: acababa de ser traída el día anterior, después de que desapareciera. ¿Un sillón, una silla, un banco? No, es algo menos que todo eso: una simple piedra redondeada, colocada cerca de la muralla, al lado de la chimenea, pero de cara al pasillo, de manera que *la Guste* podía ver fácilmente a quienes pasaban por la calle o entraban en la casa. Comprenderéis enseguida la utilidad de esta situación. Pero antes seguidme a un pequeño patio situado a la izquierda, al final del pasillo; está enclavado entre la casa de Agustín y la que ocupaba su sobrino y su hermano; los dos otros lados del cuadrado están formados por un pequeño muro y una pobre cuadra. Escuchad ahora el relato de cuanto ha sucedido en estos espacios.

Acabo de decir que Louis Bernard se alojaba en el primer piso. Ahora bien, este generoso cristiano, por tener dos compartimentos a su disposición, no había reservado más que el más pequeño para él y su familia; en cuanto al otro que es bastante espacioso, se había convertido en la morada de Dios; es decir, que los sacerdotes venían y celebraban los santos misterios durante las tinieblas de la noche.

Desde este santuario, se podía pasar a los dos pequeños cuartos que formaban la parte alta de la vivienda de Agustín, y que se encontraban transformados en sacristía cuando era necesario. Allí era, efectivamente, donde *la Guste* escondía, bajo mantas, durante el día, los ornamentos de iglesia que debían servir para la celebración nocturna. Aún se ve en la muralla una suerte de nicho en que se conservaba el Santo Sacramento; enseñan también el lugar en que el sacerdote se podía acurrucar detrás de un armario en caso de invasión súbita.

Y ahora, ¿para qué servía la pequeña cuadra de la que acabo de hablar?- para esto:

Cuando uno de los sacerdotes perseguidos por la policía ya no encontraba asilo, era en casa de Bernard *Cinq-Pieds* donde iba a refugiarse; también era bajo este techo hospitalario donde llegaban a pasar la noche los misioneros que venían de un largo camino. Además, había en Poitiers una respetable matrona, la Señorita Geauffreau, llamada *la mère des prêtres*, a cuyos cuidados estaban los eclesiásticos que pasaban por la ciudad. Esta caritativa dama los enviaba muy a menudo hacia la casa de *la Guste*. Esta se preocupaba de preparar cada noche, para los huéspedes improvisados, una cama que era muy simple, porque no había más que paja por el suelo; pero ella la renovaba todas las noches y muy de mañana después de haber rezado sus oraciones, iba a ver si algunos venerables fugitivos no se habían introducido por la noche en su casa: la cosa era fácil; porque los esposos Bernard, sin miedo a los ladrones, no cerraban su puerta más que con picaporte.

La Guste, cuando encontraba en su establo a un confesor de la fe, reparando durante algunas horas de sueño las fatigas de un camino penoso, se apresuraba a prepararle una frugal comida y una cama más cómoda en uno de sus apartamentos; pero a menudo se veía obligada a procurar bien de prisa a sus huéspedes un asilo menos comprometido; porque, sobretodo al final, su casa se había convertido en sospechosa a los ojos de los revolucionarios. Como esta mujer de tanto coraje contaba en el barrio con amigos numerosos, fieles y entregados, era a ellos a quienes enviaba su precioso depósito: su marido se encargaba de realizar la conducción, "lo que era muy peligroso, dice el señor de Coursac, cuando se trataba de sustraer a la vista de sus enemigos a sacerdotes como los señores Coudrin, Soyer y tantos otros cuyo nombre estaba en todas las bocas, las señales personales en todas las hojas públicas, cuando la menor palabra, el menor indicio podía ayudar a reconocerlos. Se veía reducido entonces a esconderse con ellos durante jornadas enteras en los bosques, entre las rocas que rodean Montbernage, y solo a la caída del día era cuando podía procurarles un refugio. Pero a veces deberes imperiosos le llamaban en la Vendée, en Anjou, en las provincias vecinas, a donde llevaba los mensajes de muchos hijos de estos entornos, refugiados en el barrio; y gozaba de una tal estima, sobretodo en la Vendée, que a falta de correspondencia escrita, era siempre creído por su palabra. En su ausencia, Louis Bernard le remplazaba en el peligro, durante el día guiando la marcha de los fugitivos, por la noche sirviendo la mesa".

Cuando la mujer de Bernard no estaba ocupada por sus cuidados caritativos que prodigaba a los confesores de la fe, se entregaba por completo a cuidar de su familia, porque tenía nueve hijos. Terminadas estas tareas, iba a sentarse sobre la piedra, en el rincón de la chimenea, teniendo siempre el ojo atento acechando a la patrulla.

Un día, pues, que se encontraba en esta posición, una tropa de gendarmes llegó de improviso, cuando tenía escondido a un proscrito, el sacerdote Pruel, antiguo párroco de la parroquia de Sainte Radegonde. La invasión fue tan rápida que *la Guste* no tuvo ni tiempo de dar la señal convenida, golpeando

sobre el techo. “Estamos persiguiendo a un sacerdote, dijo el jefe de la banda; se ha debido esconder aquí; es necesario que nos lo entregues” – El que hablaba era precisamente el brigadier Lanes, llamado Carabin, del que ya he hablado. Este hombre valeroso, pariente y amigo del matrimonio Bernard, no había llegado en modo alguno con la esperanza de realizar una captura, sino al contrario para despistar a los agentes de la policía y hacerles buscar al sacerdote Pruel lejos del lugar en que le creía escondido de momento. Al reconocer su error por el rostro pálido de su sobrina, Carabin se inclinó hacia ella, como para sostenerla en caso de desvanecimiento. En esa posición, *la Guste* le dijo en bajo al oído: *Por Dios, sálvenos; el señor Pruel está arriba*. Sobre la marcha, haciendo como que rechazaba una tentativa de seducción, el astuto gendarme redobló sus amenazas, colocó centinelas en las salidas de la casa, prescribió a los gendarmes registrar la planta baja, mientras que él mismo haría lo propio en el piso superior. Un instante después, se encontró de cara con el señor Pruel, que le dijo con serenidad: *Bueno, amigo mío, usted me ha encontrado; estoy a su disposición*. Por toda respuesta el gendarme se arrodilló ante el sacerdote y le pidió su bendición. Hecho esto, volvió con sus compañeros de armas gritando *que el pájaro había abandonado el nido y que había que buscarle en otro lado*. Después les llevó a la caza de la víctima por todos los lugares donde era seguro que no lo encontrarían. Poco tiempo después, habiendo terminado la persecución del sacerdote, Carabin, volviendo a su papel de pariente y amigo, se sentaba en la misma mesa con Maurice, *Cinq-Pieds*, *la Guste*, y el pastor venerado a quien acababa de salvar la vida.

Pero no solo eran los gendarmes quienes eran cómplices de la heroína de Montbernage: los mismos animales parecían entrar en el complot. Esto es lo que cuenta el señor de Coursac sobre la cuestión:

“La Guste tenía un perro peligroso como los de su especie y tan colérico que según la señora Boutet, no fue a visitar a su amiga ni tan solo una vez sin que se entusiasmase por sus enaguas; sin embargo el intratable cancerbero no ladraba nunca cuando al favor de las tinieblas se deslizaban proscritos en los lugares confiados a su vigilancia. Este detalle nos ha sido contado por Thérèse Imbert, la propia sobrina de la Guste, y uno de los testigos más recomendables que hayamos interrogado” Poco después de este pasaje, en el opúsculo titulado *Le faubourg de Montbernage*, se encuentran las líneas siguientes que transcribo de buen grado, porque menciona en él a nuestro piadoso fundador:

“Es justo reconocerlo, muchos de sus compatriotas disputaban a los dos hermanos, Agustin y Louis Bernard, este glorioso título de guías de los sacerdotes. Estos eran Quatre-Roues, François Bernard, su primo; sobre la planicie de lo alto, Pasquier, Berluquart y Marceau el carretero. Hay que citar también, en los otros barrios, a la valiente familia de los Puisais, en que cada miembro se distinguía por su entrega a la Iglesia: uno de ellos, llamado Etienne du Billot apenas se despegaba del señor Coudrin; otro acompañaba al sacerdote Soyer, con quien compartía la buena o mala suerte, camuflado como él de guardia nacional, de gendarme o simplemente de cazador de alondras; otro, por fin, en una circunstancia memorable, salvó la vida a estos

dos eclesiásticos, lo mismo que al sacerdote Sainton: convertido más tarde en sacristán de la catedral gracias a la intervención del señor Soyer, primer vicario de esta diócesis, transmitió este cargo a su familia”.

Aquí el Sr. de Coursac cuenta la anécdota que hemos recordado en nuestros *Annales* (tom. IV, pg. 575). Releyendo ese escrito, podrá verse cómo el valiente Puissais expuso su vida escondiendo en su casa a los sacerdotes Coudrin, Soyer y Sainton en el momento mismo en que los agentes de la policía se habían lanzado en su persecución. Hablando de estos generosos cristianos, tan entregados a los confesores de la fe, añade el narrador: “El relato de sus aventuras sería chispeante, hasta a menudo parecería inverosímil. Querriamos, por ejemplo, mostrar en una noche de invierno a *Cinq-Pieds* y al sacerdote *du Chastenier* en el hogar de un patriota que, conmovido por sus sufrimientos, les acogió con bondad, encendió un gran fuego para secar sus ropas, empapados por la lluvia y helados de frío, les dio ropa blanca, les sirvió una excelente cena. Con François Bernard y el decano d’Amboise, subiríamos las pendientes abruptas de la Cueille-Aiguë y buscaríamos un refugio detrás de un roquedal, bajo la bóveda de los cielos, en el repliegue de un terreno lo más inaccesible y de lo más agradable; más tarde, tomaríamos la hoz y marcharíamos a cosechar con Louis Bernard y el Sr. Coudrin; pero estos episodios nos alejarían demasiado de *la Guste* a quien tenemos prisa por volver a ver”.

Recojamos, pues, los rasgos últimos del retrato de esta mujer admirable cuyo techo hospitalario ha abrigado tan a menudo a nuestro venerado fundador. “En cuanto a *la Guste*, cuenta el Sr. de Coursac, no estaba por naturaleza muy dispuesta a las bromas: tenía un carácter serio, austero; pero su rostro sereno reflejaba la calma de su corazón; y cuando, por la noche, iba al rosario, tenía con todos cuantos se encontraba una palabra amable, una graciosa sonrisa. Quienquiera que la hubiera visto entonces en el centro del cementerio, verdadero foro del barrio, habría comprendido la influencia mágica que ejercía sobre todos sus conciudadanos. Los débiles, los fuertes, los jefes populares le testimoniaban públicamente su respeto, y bien acogida en cualquier momento, era recibida con entusiasmo cuando traía noticias del párroco señor Pruel. Esta era precisamente, no lo dudamos, una de las causas de su autoridad; porque el amor que se manifestaba por el pastor, resaltaba en quien lo representaba.

“Cuando la noche llegaba dando fin a los días malos de esta época, *la Guste* volvía a su casa para entregarse a sus trabajos domésticos. Poco después llegaba *Cinq-Pieds* y, terminada su cena en familia, comenzaba la vigilia. Los vecinos, los amigos la pasaban con ellos: lo mismo que durante el día, estaba llena por el trabajo y las obras de salvación. A la lectura espiritual seguía el catecismo, cuya enseñanza se confiaba a las más sabias mujeres de la parroquia; a continuación se recitaba la oración comunitaria, y cada uno se dirigía a la granja de *la Gervile* en la que no tardaban en resonar las melodías de los cánticos.

“La habitación de Louis Bernard era la que se escogía para la celebración del divino sacrificio y la vigilia estaba aún más animada. Unos ponían orden en el apartamento en que la divina Víctima iba a ser inmolada; otros daban un nuevo lustre a los ornamentos sacerdotales; otros por fin levantaban el altar. Estas valientes gentes, tan ricas de fe, eran tan pobres de dinero que en lugar de candeleros se servían de botellas de tinta, adornadas con festones de papel de color. A veces en las salas bajas de la casa de *la Guste* reinaba el silencio más absoluto: era porque Pascua, Navidad, la Asunción, estos grandes aniversarios que conmueven tan profundamente las almas cristianas, estaban próximas. Los fieles se disponían, por la confesión de sus faltas, a festejarlas dignamente; y era en casa de *Cinq-Pieds* donde los sacerdotes ocultos confesaban.

“*La Guste* había sido la primera en el peligro, fue la primera en los homenajes... Durante la tormenta revolucionaria, cuando Nuestro Señor estaba reducido a abrigarse bajo su humilde techo, ella le había consagrado sus nueve hijos. Solamente sobrevivieron cinco hijas; las cinco mantuvieron el compromiso que su madre había hecho sobre sus cunas: dos entraron en la Grand’Maison, tres en la orden de *la Sabiduría*...

A medida que los años se acumulaban sobre la cabeza de esta santa mujer, el respeto que le profesaban los habitantes de Montbernage iba transformándose en veneración. Los días de fiesta aparecía en la plaza pública cuando el baile arrastraba en su torbellino a la juventud del barrio; entonces a menudo se paraba la música, los juegos alocados se suspendían y las muchachas escuchaban en silencio estas graves reprimendas: *Pequeñas!, pequeñas!, les gritaba con una voz severa*, pero bajo la que se percibía un real interés, *pequeñas, haríais mejor si desgranarais vuestro rosario*.

“Jamás, por otra parte, una admirable ancianidad coronó una vida más digna. Después de haber entregado a Dios su última hija, se descargó de las obligaciones caseras sobre su sobrina Thérèse y desde entonces su pensamiento casi exclusivo fue el de su salvación. Todas las mañanas escuchaba la misa y recibía la comunión. Visitaba enseguida a los pobres, los enfermos, pasaba el resto de la jornada en la casa parroquial donde restauraba los ornamentos sacerdotales. Una parte de sus noches se deslizaba entre oraciones: en una palabra, llevaba en el mundo la vida de las religiosas y no se diferenciaba más que por el hábito... A punto de morir tuvo una gran consolación: fue el sacerdote Pruel, él mismo al borde de la tumba, quien le llevó el pan de vida y le abrió las puertas de la eternidad. El vacío que dejó en Montbernage hizo comprender la enormidad de su pérdida y los sentimientos de aflicción que excitó tendían más bien a aumentar que a disminuir. Desde las venerables esposas del Señor que la conocieron hasta el más humilde niño del barrio, todo el mundo no la llamó entonces más que *la Santa* (1859).

“*Cinq-Pieds* sobrevivió poco tiempo a su fiel compañera. No deseaba más que el momento de unirse a ella: como ella, se durmió en el sueño de los bienaventurados. Sus parientes, sus amigos, sus allegados, casi todos actores

en aquel drama religioso y popular, ya le habían precedido o no tardaron en seguirle a un mundo mejor”

IX. Annales 1880 (pg. 663)

Al salir de la casa de *la Guste*, fuimos a visitar un monumento que no se encuentra lejano y al que están unidos diversos recuerdos que se relacionan con la gran Revolución. Es el convento de las *Hijas de la Sabiduría*, que reconocen como su fundador al P. Grignon de Montfort. En relación con las personas que frecuentaron este establecimiento, damos unos nombres que podrán interesar más particularmente a nuestros lectores.

En los archivos concernientes a la fundación de nuestro instituto, se hace a menudo mención de un Sr. Perrin, compañero de trabajos del *Buen Padre* y Decano temporal del consejo de sacerdotes bajo cuya dirección se sostuvo la *Asociación del Sagrado Corazón*. de Poitiers. Ahora bien, este eclesiástico corrió un gran peligro en la casa que acabo de nombrar.

Era en 1791. Dos patriotas habían acusado al sacerdote Perrin de haber tenido propósitos sediciosos contra la Constitución; para esconderse ante las persecuciones de que era objeto, este digno sacerdote fue a refugiarse en casa de las *Hermanas de la Sabiduría*. Estas damas le recibieron en un edificio aislado de su pensionado, pero del que era una dependencia. Vivía desde hacia unos meses en este refugio, cuando una noche los principales del club político de la revolución, escoltados por la hez del pueblo, llegaron hasta allí con intención de arrestarle. Al ruido que hacía esta masa de hombres en su tumultuosa marcha, el señor Perrin comprendió el peligro que le amenazaba; se evadió con rapidez y se retiró a casa de *la Guste*. Defraudados en sus expectativas, volvieron su rabia contra las religiosas y hasta contra las pensionistas del establecimiento: ¡*Matadlas!* ¡*Matadlas!*, gritaban los más furiosos. Sin embargo Dios no permitió que estos miserables cumpliesen sus perversos designios. Enterado de lo que pasaba, el Sr. Creuzé-Pascal, entonces alcalde de Poitiers, montó a caballo y vino a disolver aquel agrupamiento. Este hombre de bien, honró después su nombre rehusando votar la muerte del rey y retirándose de la Asamblea soberana cuando ésta deificó a la Razón.

Entre las muchachas que se encontraban en el pensionado de *la Sabiduría*, cuando llegó esta alerta, conviene hacer una mención especial: la de la señorita Sophie Thomas, de unos nueve o diez años entonces. Esta niña llamada más tarde a convertirse en esposa de Jesucristo por la profesión religiosa, rindió de antemano grandes servicios a la Iglesia mientras permaneció en las filas de los simples fieles.

En el mes de setiembre 1792, los revolucionarios expulsaron de su casa a las *Hijas de la Sabiduría* y las remplazaron por maestras de su gusto. La mayor parte de las niñas, en calidad de externas, siguieron a sus piadosas maestras que fueron a establecerse en la calle de las Filles-Saint-François, en la casa de

un señor Martín. Pero las alumnas que sus padres vivían lejos fueron obligadas a volver con sus familias. En cuanto a Sophie Thomas, era huérfana y, además, su tío y tutor, el Sr. Laîné, Decano de Oiron, acababa de ser expulsado al exilio por rehusar el juramento; fue por eso recogida por dos señoras de Saint-François, que vivían en la calle Sain Maixent y que se tomaron un gran cuidado por su educación: lo que no la impedía mantener relaciones con sus antiguas maestras.

Durante estos acontecimientos, el sacerdote Coudrin, salido ya de su refugio de La Motte d'Usseau, se lanzó a la arena y comenzó a ejercer el santo ministerio en los alrededores de Poitiers, de acuerdo con otros sacerdotes camuflados, como él, bajo vestimentas de lo más extrañas. Un día, pues, las *Damas de la Sabiduría* se enteraron de que dos eclesiásticos se encontrarían, a una cierta hora, en casa de *la Guste*, para oír confesiones y vinieron allí con personas capaces de estar iniciadas en el secreto. Al llegar, ¿qué es lo que se encontraron?; a dos señores, de los que uno vestido de guardia nacional, estaba detrás de una puerta escuchando las confesiones que le hacían los penitentes; el otro cumplía el mismo oficio, de codos sobre una mesa y ataviado con un uniforme de gendarme: el primero era el sacerdote Coudrin y el segundo el señor Soyer. Viendo el plumero rojo de este último, uno de las niñas, la pequeña Boutet, entonces de siete años, cogió tal susto que *todos sus pecados se le escaparon sin que pudiera volver a atraparlos*. Más prudente que su compañera, la Srta. Sophie fue a confesarse con el guardia nacional cuyo aspecto al parecer era menos temible que el del gendarme.

Al poco tiempo de esto, los sacerdotes Coudrin y Soyer aparecieron en Poitiers y venían a esconderse precisamente en la casa de estas Damas de Saint François, con las que vivía la señorita Sophie. Impresionados por la viveza de espíritu y la madurez precoz de esta joven muchacha, nuestros dos proscritos la escogieron como mensajera. Otros sacerdotes hicieron con ella lo mismo; y debido al esmero inteligente de esta valiente niña, se procuraron a los defensores de la fe muchos socorros muy variados.

Así se fueron sucediendo los días del Terror; después llegó la caída de Robespierre. Tras una corta calma, la persecución se renovó en Poitiers: era todavía en 1794; y la señorita Thomas, de apenas doce años de edad, atrajo ya la atención de los enemigos de la Iglesia; para esconderse de sus persecuciones se retiró a Montbernage donde fue acogida por un bravo hombre llamado Berluquart, con la que no observó diferencia alguna entre ella y su propia hija.

Montbernage estaba entonces muy abandonado en cuanto a la enseñanza de la juventud. Las piadosas hijas del Padre de Montfort [*Hijas de la Sabiduría*] habían tenido que separarse para conjurar la tormenta. No quedaba en el barrio mas que una escuela pública mantenida por una dirección *patriota* cuyo sistema de educación estaba lejos de ser paternal: castigaban a los pocos niños que iban a sus clases, de tal manera que, después de algunos días, la mayor parte no se atrevieron a volver allí. En cuanto a las familias cristianas, habrían considerado un crimen confiarles lo que tenían de más querido.

Así estaban las cosas cuando la señorita Thomas, con un coraje y una inteligencia que superaba su edad, decidió oponer una competencia firme y activa a la *enseñanza laica*, como diríamos hoy día. Apenas abierta, su escuela fue frecuentada por un buen número de niños de ambos sexos, según las necesidades y las reglas de la prudencia. Sin embargo, a pesar de su vigilancia, no pudo impedir que fuera de las clases hubiera riñas entre los alumnos del director comunal y los suyos. Estos últimos, cuando encontraban en la calle a los hijos de los *patriotas*, les gritaban de lejos, pero como para que se les oyera: ¡*repollos!* ¡*zanahorias!* ¡*nabos!* ¡*berzas!*, haciendo alusión a las palabras ridículas que reemplazaron a los nombres de los santos en el calendario republicano.

En consecuencia, habiendo formalizado una queja contra la institutriz clerical, se dictó un mandato de arresto contra la *Señora* Thomas. Los jueces esperaban ver a una venerable matrona; por lo que todos se encontraron sorprendidos en presencia de una joven de dieciséis años. A pesar de sus prejuicios, admiraron de tal modo la sabiduría de sus respuestas, que determinaron emplear sus talentos confiándole una escuela importante en el departamento. Pero como le imponían el juramento sacrílego, nuestra joven heroína no quiso usar de su libertad más que para volver a tomar sus modestas funciones; las continuó durante dieciocho meses, al cabo de los cuales se llevó a otro lugar sus buenos ejemplos y su entrega generosa. Fue sobretodo durante este último periodo de su estancia en Montbernage, cuando tuvo ocasión de conocer al señor Pruel, párroco de Sainte Radegonde, gran amigo de nuestro fundador.

Ya que el nombre de este santo sacerdote se encuentra de nuevo en nuestra pluma, quiero reunir aquí algunos de los rasgos que se relacionan con su recuerdo, lo mismo que al antiguo convento de las *Hijas de la Sabiduría*, ya que he comenzado esta narración refiriéndome a él.

El sacerdote Pruel, como he dicho más arriba, había creído un deber el retirarse a Angers en lo más fuerte de la persecución, para no exponer a su rebaño a un peligro inútil y hasta dañoso. Sabía por otra parte que sacerdotes menos conocidos que él, diseminados en su parroquia bajo diferentes camuflajes, administraban a los fieles los socorros más necesarios de la religión. Tardó sin embargo en ver llegar el feliz día en que pudiera, sin imprudencia, ejercer por sí mismo su oficio de pastor. Solo fue posible en 1797 cuando pudo realizarlo, y aún entonces, hubo de tomar muchas precauciones; porque hasta finales de 1799, el fuego de la persecución estaba bajo las cenizas, pero no extinguido.

Cuando este venerable sacerdote volvió a Poitiers, se encontró sin recurso alguno; fue necesario, por tanto, que personas caritativas renovasen su guardarropa y sobretodo le dieran hospitalidad, no sin peligro para ellas mismas. Para no comprometer a nadie, evitaba permanecer mucho tiempo bajo el mismo techo; a menudo salía de la ciudad y se perdía en los refugios de Montbernage, de los que he hablado. Cuando llevaba el Viático a los enfermos, se ponía encima un signo convencional. Los fieles que se lo

encontraban al pasar, no dejaban de inclinarse profundamente para adorar al Dios oculto; pero los patriotas y los indiferentes no veían en ello más que un signo de cortesía intercambiado entre ciudadanos.

A pesar de estas precauciones, el sacerdote Pruel cayó más de una vez entre las manos de la policía. Citamos algunos ejemplos:

Un día, cuando atravesaba la *Grand'Rue*, fue reconocido por dos obreros que se pusieron a gritar: ¡Ahí va un sacerdote! ¡Cogedle! ¡Cogedle!. El sacerdote Pruel quiso ocultarse en la huida, pero sus enemigos le perseguían, y pronto iba a caer entre sus manos, cuando un habitante del barrio le paró y le empujó violentamente detrás de la puerta de la tienda. Este hombre era un patriota renombrado, llamado Cassandre, que había ya salvado la vida al señor Pruel en una circunstancia que se ha mencionado antes aquí (T. IV, p. 572) Cuando el peligro ya había pasado, Cassandre, despojándose de los sentimientos de recta humanidad que le habían sugerido instintivamente esta bella acción, brutalmente arrojó fuera al refugiado llenándole de injurias. No era muy raro en aquella época ver que los fríos cálculos de la ambición o el furor de la impiedad, dejaban paso a menudo a la compasión natural, a los nobles impulsos de la generosidad francesa.

Otra vez, encontrándose oculto en la calle Saint François, en casa de las *Hijas de la Sabiduría*, se disponía a celebrar la santa misa, mientras unos miserables en un cabaret vecino, maquinaban el medio de ponerle las manos encima. La mujer Picard, dueña del albergue, escuchaba sus propósitos criminales, y mientras sus huéspedes deliberaban, fue a prevenir al sacerdote Pruel, a quien encontró ya revestido de los ornamentos sacerdotales. No hace falta decir que el confesor de la fe no tardó en volverse a poner sus ropas seculares y en cambiar de domicilio.

Más singular todavía es la anécdota siguiente:

Era por la noche: el sacerdote Pruel atravesaba Monbernage cubierto de una blusa de obrero. Detrás de él caminaba un demagogo que podía reconocerle en esa dignidad de compostura que un buen sacerdote no sabría fácilmente disimular. Una parroquiana del barrio, viendo claro el peligro en que se encontraba su párroco, inventó sobre la marcha esta curiosa estratagema. Aparentando ser la mujer del hombre de la blusa, se arrojó sobre él y le empujó con fuerza hacia la puerta gritando: "Entra en la casa, borracho; desde esta mañana no has vuelto a ella!" El buen sacerdote, estupefacto ante aquel ataque y ante aquellos apóstrofes, interrogaba a la mujer con la mirada. Pero ésta, por toda respuesta, le mostró por la puerta entreabierta al revolucionario que pasaba por la calle.

Ya he narrado cómo el Sr. Pruel celebró, en Montbernage, en presencia del Padre Coudrin, su primera misa después de su retorno, en medio de las lágrimas de todos los asistentes. Esta conmovedora ceremonia tuvo lugar hacia finales de 1797; ahora bien, desde que llegó a conocimiento de las autoridades civiles, desencadenaron nuevas persecuciones sobre el párroco

de Sainte Radegonde, que se vio obligado, desde esa época, a esconderse más cuidadosamente.

En el mes de noviembre 1799, el juramento cismático fue abolido; pero las iglesias parroquiales aún no habían vuelto a dedicarse al culto. El Sr. Pruel al encontrarse por eso obligado a ofrecer el santo sacrificio fuera de los edificios sagrados, escogía de preferencia esta famosa granja de *la Gerville*, donde nuestro piadoso fundador había celebrado tan a menudo los santos misterios. Durante el año 1801, las *Hijas de la Sabiduría* volvieron a la casa que ocupaban en Montbernage, antes de la Revolución. Allí es donde el sacerdote Pruel fijó su residencia y los fieles se reunían para los santos oficios, hasta comienzos de 1803, época en que el confesor de la fe entró en posesión de su iglesia. La encontró en un triste estado: las verjas que rodeaban el presbiterio habían sido arrancadas; la techumbre del edificio estaba podrida; las bóvedas agrietadas; las puertas ya no se sostenían sobre sus goznes; dos de las tres campanas estaban rajadas; en cuanto a los ornamentos sacerdotales y a los vasos sagrados, habían ya sufrido el pillaje en 1793.

El señor párroco de Sainte Radegonde reunió por tanto una vez más, en casa de las *Hijas de la Sabiduría*, a sus parroquianos, para hacerles un llamamiento a su generosidad; bajo su inspiración se formó un comité de socorros, compuesto de siete miembros; fueron organizadas colectas y la célebre basílica comenzó a recuperar su antiguo esplendor.

Era muy necesario sin embargo que las ceremonias del culto se hiciesen con el mismo esplendor que allí se admiraba en otros tiempos gloriosos, cuando nuestros reyes se complacían en enriquecer con sus donativos el santuario dedicado a la santa patrona del Poitou y de Francia. En lugar de veinticuatro canónigos que formaban entonces el capítulo de Sainte Radegonde, no se veía ya en el recinto de la basílica, en las mayores solemnidades, mas que un clero reducido a las más modestas proporciones.

Pero si los santos oficios no tenían aquella pompa de los tiempos pasados, ofrecían a la mirada de la piedad cristiana un espectáculo no menos conmovedor, el de la unión más íntima entre el corazón del pastor y el de su rebaño. Estos fieles cristianos, purificados por el fuego de la persecución, mostraban más unidos que nunca a las prácticas santas de la religión; parecían querer dar así a su digno párroco una justa compensación por los rigores de una larga ausencia.

Las dos primeras misas parroquiales que celebró el señor Pruel en Sainte Radegonde, estuvieron señaladas por un incidente que parecería hoy muy extraño. En el momento en que el digno sacerdote abría la boca para en su plática de reinstalación, una mujer del barrio, la revendedora Jacynthe, se levantó para cumplimentarle; el señor párroco se dio cuenta y le cortó a tiempo la palabra. Pero el domingo siguiente, la intrépida vecina tomó mejor sus precauciones: antes de que el señor párroco hubiera acabado el signo de la cruz, ella entonó una canción que había compuesto en su honor y que comenzaba por estas palabras:

Estáis aquí, pastor querido (chéri),
en medio de vuestro rebaño (brebis).

Esta voz no era más que el eco de cuanto expresaban todos los corazones. Terminó estos detalles relativos a la memoria del señor Pruel, diciendo que él mismo enriqueció a su iglesia con muchos objetos preciosos. El más digno de señalar es, sin duda, un trozo de la verdadera cruz, con su sello de autenticidad, que había traído al volver de Angers.

Al comienzo de la restauración de su iglesia, el buen párroco se dirigió a la catedral, donde se había acumulado una buena parte del mobiliario del que la Revolución había despojado los santuarios de la ciudad de Poitiers. Entre otras cosas, allí vio siete estatuas de piedra de la Santa Virgen. Entonces, levantando el corazón hacia María, le hizo en tono bien alto esta sencilla plegaria: “¡Mi buena Madre, que feliz me sentiría si poseyera la menor de vuestras estatuas!”. Al día siguiente, al entrar a la iglesia, encontró bajo el porche, al lado de la pila de agua bendita, la estatua que, la víspera, excitó su piadosa ambición. En 1859 estaba esta estatua en la sacristía de Sainte Radegonde; no se si aún se encuentra allí.

Otra obra, donada por el Sr. Pruel a su parroquia, es el cuadro llamado *La Virgen de las lágrimas*. Éste fue su origen, al decir del Sr. Crousac: “Según la tradición, este cuadro pertenecía a dos santas hijas que vivían en la *Grand' Rue*, enfrente de la de las *Hijas de San Francisco*. Con ocasión de un acontecimiento cuyo recuerdo se ha perdido, los ojos de la Madre de Dios se llenaron de lágrimas: estas dos damas avisaron de ello inmediatamente al párroco de la parroquia, y bajo la autorización que obtuvo, éste expuso la imagen milagrosa a la veneración pública en su iglesia de Saint Michel; más tarde se llevó a Saint Pierre, donde cada uno iba a visitarla. Varias personas del barrio de Saint Michel tenían una gran deseo de poseerla; una de ellas la tomó en posesión y la entregó enseguida a la Señorita Berger-Duplessis, que se la dio al Sr. Pruel, con ocasión de su vuelta a Poitiers. La hija Picard, la madre Brunet, Mons. Beauregard, reconocieron perfectamente la imagen milagrosa; y fue entonces cuando el Sr. Pruel la hizo colocar en una capilla lateral de Sainte Radegonde. Hoy (1859), está depositada en la sacristía, con el fin de restaurarla”.

También es al Sr. Pruel a quien la ciudad de Poitiers debe la restauración del oratorio que el P. de Montfort había construido sobre uno de los pilares del *Pont Joubert* en honor de la Madre de Dios, es él quien hizo grabar de nuevo, sobre el monumento, la inscripción siguiente, trazada primero por el venerable fundador del instituto de *la Sabiduría* :

Si el nombre de María en tu corazón está grabado (*gravé*),
recita en su honor, querido transeúnte, un *Ave*.

Cuando todo estuvo preparado, la parroquia transportó triunfalmente la estatua de María a este humilde santuario, la que los fieles veneraban desde hacía más de un siglo cuando llegó la Revolución. En 1793, la Sra. Servant la

había preservado de la profanación, ocultándola en su bodega bajo gavillas de sarmientos hacinadas. Esta ferviente cristiana no consintió en entregar su depósito más que a condición de que adornara el oratorio.

Antes de entregar al Señor su alma cargada de méritos, el Sr. Pruel tuvo una última consolación, la de hacer volver al buen camino a muchas personas que se habían dejado llevar al cisma de la *pequeña iglesia*.

X. Annales 1880 (pg.783)

El sol declinaba en el horizonte: ya era tiempo de volver a la ciudad. Por tanto nos despedimos de la Superiora del convento de la Sabiduría., después de haber escuchado de su boca muchas palabras edificantes, cuya repetición nos llevaría demasiado lejos. Nos decía, por ejemplo, cómo su casa actual había sido construida en 1844, en conformidad con los deseos de su fundador; nos contaba la leyenda de una señora que cuatro hombres robustos habían ensayado inútilmente desalojar del lugar que la santa Virgen se había escogido: se la venera todavía en su capilla

Al salir del convento, iba yo con mi caritativo guía a un barrio vecino, el de Saint Saturnin, donde se encuentra todavía un refugio santificado por la presencia de nuestro *buen Padre*: es una casa que pertenece a los esposos Saint-Fié, quienes ocultaban a la vez al Sr. Dodain, sacerdote lazarista, y al P. Coudrin, cuando la policía envió hacer en casa de ellos un registro domiciliario. Los gendarmes llegaron en el momento en que el P. Coudrin acababa de salir para ir a ejercer su ministerio al hospicio de los Incurables. Por eso solo el Sr. Dodain fue arrestado. Este eclesiástico reparó dignamente la falta que había cometido al pronunciar indebidamente un juramento ilícito*: subió al cadalso haciendo en voz alta su profesión de fe.

No sé si el escondite que vi fue exactamente aquel en que el Sr. Dodain fue arrestado: es una sencilla cavidad practicada en la muralla que normalmente se tapaba con un mueble. Sea lo que fuere, hemos de reconocer que fue el ángel de la guarda de nuestro fundador quien le inspiró salir de esa casa en el momento del peligro.

Al volver del hospicio de Los Incurables, el sacerdote Coudrin no se atrevió a entrar en el lugar en que su compañero había sido hecho prisionero; se escondió bajo un techo vecino, en casa del panadero Vinais; pero allí tampoco tenía apenas seguridad. Puede verse en el II volumen de nuestros *Annales* p. 84, el peligro que nuestro Padre corrió en ese lugar y el modo en que fue preservado. El Sr. de Coursac cuenta sustancialmente la misma cosa en la pg. 48 de su opúsculo *Le faubourg Montbernage*, añadiendo allí este pequeño detalle: que el sacerdote Coudrin se estaba afeitando tranquilamente cuando

* Quizás no se deba condenar como falta el desconcierto que hubo en un principio sobre este juramento a la Constitución civil del Clero, que también juraron St. André Fournet y el tío sacerdote Riom. N.T.

los gendarmes se acercaron y que fue la cuñada de su hospedero quien fue rápida a advertirle del inminente peligro; dice también que el escondite de la casa de Vinais consistía en un reducto formado por el vacío que se hacía entre el techo y un falso plaqueado, al que se descendía por una trampa. He visto los exteriores de la casa; pero no he penetrado en el interior. Por otro lado, ignoro si la disposición del local es la misma que durante la Revolución. Esta casa se encuentra en la calle Cornet, enfrente del establecimiento de Notre-Dame des Dunes. He olvidado de mencionar otra parada que hicimos entre esta última y la precedente; quiero hablar del emplazamiento de un antiguo calvario que, en relación con él, mi guía me narró lo siguiente:

“El lugar en que nos encontramos, me decía, formaba una parroquia cuyo patrono era Saint Saturnin y el párroco se llamaba Sr. Román. Este venerable sacerdote fue traicionado por su sacristán, a quien él había colmado de favores. Denunciado por este miserable, el párroco compareció ante el tribunal revolucionario, rehusó prestar juramento cismático, fue exiliado a España y murió poco después. El traidor que le había entregado a provecho su alejamiento para devastar la iglesia y destrozar el santuario del que era guardián; no contento con eso, quiso llegar al colmo de los atentados derribando la cruz de la misión levantada sobre el pequeño emplazamiento que se ve allá en lo alto, a la izquierda, subiendo por ese camino de Breuil-Mingot. Para ello tomó consigo a un cómplice de sus crímenes; y entre los dos se pusieron a serrar por el pie el monumento venerable. Iba a terminarse el trabajo sacrílego, cuando el nuevo Judas dijo a su compañero: *Retirémonos ahora de lado, porque si la cruz cae sobre nosotros dirán que ha sido Dios quien nos ha castigado.* – La cruz no cayó sobre ellos; hasta pudieron cortarla en trozos a gusto. Pero el indigno sacristán, al querer después calentarse con los restos de esa leña, el fuego se extendió a su casa y le envolvió a él mismo en sus llamas. Habría acabado así si las gentes del barrio no hubieran extinguido el incendio. La memoria de este hombre ha permanecido como una abominación en toda la vecindad”.

El Sr. de Coursac cuenta este mismo hecho en su opúsculo mentado *Le faubourg de Montbernage*, añadiéndole algunos detalles: dice haber recibido este relato de un testigo ocular que estaba jugando en el camino con otros niños de su edad, en el momento en que realizaba la fechoría.

Al terminar este relato de mi excursión por los alrededores de Poitiers, quiero hacer aún algunas matizaciones a la obra de mi cicerone, ya que él mismo más de una vez me ha pedido que completara sus relatos. Los pasajes que quiero transcribir se refieren a ciertos rasgos de la vida de nuestro fundador, mencionados en nuestros *Annales* y *Les Martyrs de Picpus*. En ellos se encuentran algunas ligeras variantes, pero que no harán más que confirmar o esclarecer el mismo fondo de la historia.

He aquí lo que leemos en la página 45 del precitado libro, en relación a las varias apariciones luminosas con que el P. Coudrin habría sido favorecido durante sus salidas nocturnas:

“Una noche que iba a administrar a un enfermo en Buxerolles, se perdió en un bosque. Sus compañeros, Bessonnet y Etienne du Bilot deliberaban sobre el camino que deberían tomar, cuando de repente una luz apareció a lo lejos. ¿Eran amigos o enemigos? Se redobló su perplejidad; pero uno de ellos, animado por un pensamiento de fe, dijo: *Sigamos esa luz, imitemos a los Magos*; y marchando en esa dirección les condujo hasta el límite del bosque, donde se desvaneció. Quizás fuera un fenómeno natural, un fuego fatuo; pero había brillado a tiempo para iluminar la marcha de los caminantes.

“Otra noche que se dirigía a Vaumauray, granja aislada donde el señor Duvergé le daba a menudo asilo, como a muchos de sus compañeros, se vio obligado, en Saint-Eloi, a separarse algunos minutos y colocó el Santísimo, que llevaba siempre consigo, sobre una losa, cubierta por toda ornamentación con su breviario. Durante su ausencia, el fiel Puissais se puso de rodillas en adoración. Pero *el Sr. Coudrin*, añade su sobrino, autor de este relato, *no hubiera podido encontrar fácilmente ni al adorador ni al Dios oculto, si una viva luz, que formaba un círculo en torno a la cajita porta-santísimo, no le hubiera mostrado el camino que debía seguir*. En cuanto cogió el Santísimo Sacramento la luz desapareció. En recuerdo de este milagro el colegio de la Grand'Maison posee su casa de descanso en saint-Eloi * .

“Las almas piadosas que lean estas líneas tendrán una nueva ocasión de alabar al Señor; dirán sin duda con Puissais: *Era el ángel del Sr. Coudrin que le conducía*. En cuanto a los incrédulos, su sonrisa no nos asusta; hay muchas otras circunstancias que su razón no aceptará. ¿No es un hecho inaudito que en un barrio atravesado constantemente por los sacerdotes fieles, ninguno de ellos haya allí caído en poder de la Revolución? En verdad que hay que tener los ojos cerrados para no reconocer que un providencia visible veló sobre el Sr. Coudrin durante todo el Terror. Estaba en la brecha en todas partes, en todos los lugares se le perseguía con encarnizamiento, jamás le pudieron atrapar, y en los mismos momentos, varios de sus compañeros perecieron en Poitiers , víctimas de su celo”

El mismo autor cuenta cosas bien sorprendentes en referencia con los encarcelados que nuestro fundador pudo visitar en lo más fragoroso de la revolución; le dejamos con la responsabilidad de sus afirmaciones, a las que no faltan pruebas, como se podrá ver inmediatamente.

“Una noche, decía, en 1794, la Sra. Thomas, hoy (1859) religiosa de la Santa Cruz, le encontró en una reunión numerosa en que se cantaba, así como al Sr. Sainton, mientras les acompañaban, con el arpa, prisioneros encarcelados en

* Esta piedra (mejor losa) se encuentra hoy al pie de la cruz de nuestro cementerio que poseemos en la parcela de Saint-Eloi [*Nota de la redacción*]. Si las cosas no han cambiado con la reforma de la Grand' Maison, se encuentra hoy en el patio interior principal ante la primitiva morada de la Grand'Maison, en el ángulo que forman esta morada y la pared de la nave de la iglesia que construyó Gabriel de la Barre. N.T.

la *Trinité***., que habían obtenido , a peso de oro, de Juan su carcelero, algunas horas de libertad.

“El sacerdote D... supo por su abuelo, el Sr. Meunier, detalles curiosos acerca de la conducta de Juan en relación con los encarcelados. Cuando el carcelero complaciente puso a los encarcelados en libertad, tenía costumbre de decirles: *Señores, vuelvan a tal hora, me va en ello la vida*. Todos volvían a la hora convenida: en verdad entonces este era el refugio del honor. “El Sr. barón de C... nos comunicó semejantes informaciones, que había obtenido de boca de la Sra. Chocquin, detenida en esa época en la *Trinité*. Esta señora cuya descendencia era numerosa en Poitiers, se distinguía también por la decisión de su carácter así como por su simpatía; de ordinario guiaba al Sr. Coudrin cuando entraba en la cárcel, sea para administrar los sacramentos o para celebrar los santos misterios. Una noche salvó con su sangre fría a este atrevido sacerdote: ella le precedía unos pasos cuando, a la vuelta de un pasillo vio a un administrador, temido con razón por la violencia de sus pasiones políticas, que estaba haciendo una ronda de inspección; entonces aparentando que se caía, apagó la luz y el Sr. Coudrin, prevenido del peligro, se escapó por encima de los muros.

Este mismo administrador, habiendo amonestado severamente al carcelero por los miramientos que tenía con los cautivos, la Sra. Chocquin compuso una canción sobre este acontecimiento, ligero en apariencia, pero que había impresionado vivamente a los cautivos. Allí se leían estas palabras:

Se ha enfadado contra Juan
por haber sido demasiado complaciente
con los pájaros del monasterio”.

Esta protección de la Divina Providencia para con el P. Coudrin, es tanto más de señalar, pues parece que había sido el punto de mira de las persecuciones dirigidas por los revolucionarios contra los sacerdotes católicos.

“Este santo sacerdote, dice el Sr. de Coursac, no pasaba una sola semana sin visitar su querido barrio de Montbernage. Cuando la seguridad de los huéspedes y la suya exigían su alejamiento, tenía la costumbre de decir: *Me parece cuando estoy aquí, que el diablo está advirtiéndome a los patriotas para que vengan a buscarme*”.

¿Quiere alguien conocer ahora con qué respetuosa avidez este pueblo fiel recibía y conservaba la palabra del apóstol entregado a su enseñanza? El rasgo siguiente podrá hacerlo comprender:

“Cuando la Palabra de Dios se anunciaba en Montbernage, los que llegaban tarde, los ausentes, todos cuantos no habían podido recoger sus cosechas, se reunían al día siguiente; y una entre esas inteligentes obreras, que formaban

** Se llamaba así un convento que dio su nombre a la calle adyacente. Transformado en cárcel durante la Revolución, este convento fue después ocupado por las *Filles de Notre-Dame*. – (Nota manuscrita del Sr. de Coursac).

el coro de cantoras, les repetía el sermón de la víspera. La Srta. Marianne Patrault recuerda perfectamente haber asistido en casa de su padre a una de estas asambleas. Una masa numerosa rodeaba a la oradora, Radegonde Petit, que se colocaba sobre un taburete y la escuchaban religiosamente tanto como al mismo P. Coudrin, cuando ella reproducía una instrucción".

Los habitantes de Montbernage no se dedicaban solamente a reproducir la sabias instrucciones del P. Coudrin; lo que más amaban era sobretodo cantar los cánticos compuestos por él: es de nuevo al Sr. de Coursac a quien debemos algunos fragmentos de estos preciosos monumentos. Esto es lo que nos cuenta este piadoso escritor a propósito de las reuniones nocturnas que se hacían en el barrio:

"Se rezaba primero bien en alto el rosario; las cantoras entonaban a continuación los cánticos del P. de Monfort y los repetían con tal entusiasmo que una de las noches hasta cantaron todo el repertorio, excepto dos, de los que no conocían las melodías, y la colección contiene cincuenta y cuatro. "Repetían también los que había compuesto el P. Coudrin y que eran para el público una verdadera predicación; uno comenzaba con estas palabras:

¿Qué escucho a mi alrededor, quién grita?
Me tratan como a un fanático..."

Otro terminaba de este modo:

"He hecho mi elección (*chois*);
pongo todo al pie de la Cruz (*Croix*)".

"Otro, muy señalado, recordaba a los asistentes que corrían el peligro de la pena capital por la desobediencia a la ley civil y la recompensa reservada a los mártires en la eternidad. Esta es una copla de este último:

¿Es necesario, bajo el hierro asesino, (*assasin*)
en estos momentos curvar la cabeza? (*têtes*)
Del cielo adoremos el destino, (*destin*)
Que nos prepara un día sereno; (*serein*)
La paz reemplaza a las tempestades". (*tempêtes*)

"El tiempo pasaba de este modo después de las once o de media noche hasta las dos o las tres, y a veces hasta las cuatro de la mañana, y los hombres no lo encontraban nunca demasiado largo; porque, según la mujer de Favreau, cuyas palabras me repitió una de sus hijas, *se hubieran metido en los bolsillos de las cantoras para oírlas mejor*"

Estas eran las cosas de que hablábamos mientras caminábamos, durante nuestra excursión por los alrededores de Poitiers. Ya habíamos entrado en la ciudad; y, a pesar de mi deseo de prolongar esta deliciosa conversación, debía pensar en despedirme de mi bondadoso guía, después de haberle expresado

mi cordial reconocimiento. Así volví a la *Grand' Maison*, cuyos muros me parecieron impregnados totalmente de los recuerdos del *buen Padre*. Que el Sr. de Coursac reciba, una vez más, la expresión de mi viva gratitud por el dulce placer que me ha hecho saborear en esta jornada que jamás olvidaré.

B. PERDERAU, ss.cc.

UN DESCUBRIMIENTO INTERESANTE

Todo cuanto se relaciona con el recuerdo de un fundador no puede dejar de interesar a sus hijos. Por eso todos los miembros de nuestro Instituto se sentirán felices al conocer el descubrimiento que se acaba de realizar, en Poitiers, en la casa de nuestras Hermanas. Se han encontrado en ella varios objetos que debieron servir al Rvdm. Padre Coudrin durante sus correrías apostólicas. Son tres: 1º dos trozos de plomo, semejantes a dos piezas de cinco francos, envueltos en un trozo de seda cubiertos de tela: estas rodajas están atravesadas en el centro y sujetas con una cuerda. 2º Una cinta bastante ancha, rayada de varios colores; 3º un lienzo que lleva una pequeña cruz roja bordada en el centro. Este último objeto debe de haber sido un corporal o al menos un purificador; en cuanto a los otros, ciertas circunstancias locales parecen indicar son cierta seguridad que han servido al buen Padre; pero no se ha podido determinar aún su presunto servicio.

No existe la misma incertidumbre con relación a un libro que estaba con estos objetos. Se trata de una pequeña Imitación de Cristo, edición de Cologne, encuadernado cuidadosamente y que lleva, en la primera y en la última páginas, algunos signos evidentemente trazados por la mano de nuestro piadoso fundador. Las inscripciones son estas:

C. G. T. le 20 juin 1793

.....

7. ps. P. 2 *Ans* [¿7 salmos penitenciales 2 años de indulgencias?]

.....

s. p. a.

.....

Estas letras que se encuentran en el comienzo del libro, todavía son un enigma para nosotros. Las que vienen a continuación se leen en el final. Las damos con su traducción.

Et nunc, Domine omnipotens, Deus Israel, anima in angustiis et spiritus anxius clamat ad te.

Audi, Domine, et miserere, quia Deus es misericors, et miserere nostri, quia peccavimus ante te. (Baruch. III, 5)

Es decir: "Y ahora, Señor Omnipotente, Dios de Israel, grita hacia ti el alma en las angustias y el espíritu lleno de ansiedad.

“Escucha, Señor, y ten piedad porque eres el Dios misericordioso, y tienes piedad de nosotros, porque hemos pecado ante ti”.

En esta misma *Imitación*, se encuentra una imagen de los Sagrados Corazones dibujada a mano. Acaba de reproducirse en fotografía. Damos aquí un croquis que ayudará a hacerse una idea de ella. [*Aparece impreso con extraña corona de espinas, que no cierra por arriba, como si los SS.CC. estuvieran en un nido de espinas*] (Annales 1879, pgs. 472-474.)